

Los Pasos

Lope de Rueda



Grupo Tirso

LOS PASOS



PUNTOROJO
libros

Los Pasos

Lope de Rueda

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-16611-73-7

Portada

© 2015 Francisco Muñoz Rebollo

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2015 Pilar Pedraza Jiménez y Grupo Tirso, de esta edición

© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

LOS PASOS

ADAPTACIÓN

Grupo Tirso

Ikram Aouaou

Félix Heras

Fátima Maghzaz

M^a del Mar Martín

Francisco José Muñoz

Ana Pablos

Francisco Pérez

Paula Pérez

Claudia Sánchez

Atenea Vega

Montaña Hernández

Pilar Pedraza

A los amigos

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	17
NUESTRA EDICIÓN	24
LOS CRIADOS	29
LA CARÁTULA	47
CORNUDO Y CONTENTO	65
EL CONVIDADO	77
LA TIERRA DE JAUJA	90
PAGAR O NO PAGAR	105
LAS ACEITUNAS	123
LOS LACAYOS LADRONES	133
EL RUFÍAN COBARDE	149
LA GENEROSA PALIZA	161

AGRADECIMIENTOS

Este es el tercer proyecto del Grupo Tirso tras *La Celestina* (dos ediciones) y *Las Leyendas* de Bécquer. Como siempre, tenemos que agradecer a todos aquellos que nos han ayudado y apoyado para que esta nueva edición vea la luz.

Al Ayuntamiento de Trujillo, por su ayuda económica, y a los organizadores de la Feria del Libro que nos han permitido participar en ella un año más. Al público que nos acompañó aquel día.

Al CAMF Francisco Pizarro que también cuentan con nosotros en su Semana del Libro y nos sentimos muy orgullosos de ello.

Al profesor Felipe Pedraza que nos regaló el prólogo, escrito con su maestría habitual.

A Fran Caballero, cuyo fantástico trabajo y esfuerzo en la realización de los bocetos de los escenarios teatrales de la época no hemos sabido aprovechar lo suficiente. De momento.

A Ezequiel Monterroso por su compañía, sus fotos y su trabajo con los alumnos en la puesta en escena de los Pasos que presentamos, entre otras ocasiones, en la Semana del Teatro Escolar organizada por la Concejalía de Cultura del ayuntamiento de Trujillo.

A Anna Segura, compañera de oficio y vocación, que desde su instituto en Cerdanyola de Vallès nos apoya y nos sigue con auténtico fervor.

Pero, sobre todo, a todos los alumnos que participan, en mayor o menor medida, en el grupo Tirso del IES Francisco de Orellana. Gracias a ellos tenemos este nuevo trabajo entre las manos y seguimos con nuevas ideas hacia adelante, poco a poco.

LOPE DE RUEDA EN LA LENGUA COLOQUIAL DE NUESTROS DÍAS

Señalaba un ilustre intelectual que los únicos que no pueden leer a Montaigne en su lengua son los franceses. En cualquier país del mundo los lectores del ilustre pensador acceden a él en un texto que presenta la misma sintaxis, el mismo vocabulario que emplean en su vida cotidiana o, al menos, en sus actividades más formales y académicas. En cambio, los franceses se ven en la necesidad de leer a su compatriota en el francés del siglo XVI, una lengua bastante alejada de lo que son sus usos comunes. En consecuencia, tienen que aprender un léxico en parte desconocido, han de familiarizarse con unos giros sintácticos extraños y, sobre todo, deben intuir las connotaciones que cada palabra y cada modismo encerraba para un lector de la época que nosotros llamamos renacentista.

Esta situación, que los filólogos acostumbramos a defender a capa y espada, tiene el grave inconveniente de que aleja al lector del autor leído, convierte sus textos en algo extraño y trasforma en un laborioso esfuerzo lo que debía ser una tarea sencilla y placentera. También tiene sus ventajas: acostumbra a los lectores a otros usos y costumbres, los acerca a otras formas lingüísticas (no enteramente desconocidas pero que les exige

una especial atención) y los familiariza con otra concepción del mundo.

A veces, en nuestras clases insistimos mucho en lo importante que es el conocimiento de los clásicos porque hablan de los mismos problemas y cuestiones que nos inquietan, porque encierran un mensaje que sigue siendo actual, porque nos conmueven con unos planteamientos que identificamos como propios. Hay un libro célebre titulado *Shakespeare, nuestro contemporáneo* de Jan Kott, en cuya estela escribió Francisco Ruiz Ramón *Calderón, nuestro contemporáneo*. En efecto, Shakespeare, Calderón, Cervantes, Sófocles, Dickens o Galdós están muy cerca de nuestra sensibilidad, de nuestras preocupaciones; pintan con mano maestra nuestros deseos y nuestras frustraciones. No han pasado de moda. Sin duda, esa es una de las virtualidades más notables de los clásicos: a pesar del tiempo, siguen planteando cuestiones que nos apasionan. Esto es muy importante. Pero también es del mayor interés conocer, vivir a través de la lectura, lo que los clásicos tienen de peculiar, de distinto a nosotros: la lengua, el pensamiento, las costumbres, la concepción del mundo y el hombre. Muchas de las ideas que hoy consideramos evidentes, indiscutibles... eran simples disparates para los hombres de la Edad Media, del Renacimiento, del Barroco o de la Ilustración.

El Grupo Tirso ha encontrado una actividad pedagógica (de auténtico y verdadero aprendizaje; no vana escolástica) para vivir la proximidad de nuestros clásicos y sentir, también, la distancia que nos separa de ellos. La labor de verterlos en la lengua de nuestros días implica abordar la tarea más importante del lector y del estudioso de la literatura: comprender con

precisión lo que significa el texto original, las resonancias que tenía en el momento en que se escribió, el placer que causaba entre sus primeros receptores, las realidades sociales y culturales a las que alude... En esta operación va a encontrar muchos elementos (rasgos lingüísticos, recursos de estilo, humor, instituciones...) que siguen vivos, y otros que pertenecen al universo de la arqueología y permiten el conocimiento de otro mundo, que inevitablemente contrastamos con el nuestro. Esa confrontación nos permite abrir nuestras entendederas, comprender que nuestra visión de la realidad es una entre muchas posibles, que los usos lingüísticos que hoy consideramos correctos y recomendables no son exactamente los mismos que manejaban nuestros clásicos... El conocimiento del pasado (en todas sus facetas) es, sin duda, una de las tareas más apasionantes para el ser humano.

Pero el Grupo Tirso va más allá y realiza un ejercicio de traslación, de traducción, de reelaboración literaria. Lo que decía Lope de Rueda a mediados del siglo XVI (¡hace cuatrocientos cincuenta años!) se vierte en palabras, giros y expresiones del siglo XXI.

Con este viaje de ida y vuelta (ida hacia el pasado y vuelta al presente de los jóvenes integrantes del equipo de trabajo) se aprende, de verdad, literatura y lengua, se estudia realmente la sociedad pretérita y la que tenemos ante los ojos, se admira la entraña de las obras maestras del arte y la cultura, y se reflexiona sobre la condición humana: la de los demás y la nuestra propia. No conozco programa pedagógico más completo.

Para esta nueva entrega han tenido el acierto de elegir los *Pasos* de Lope de Rueda, sencillas creaciones breves, brevísi-

Prólogo

mas, pero ejemplarmente construidas, enraizadas en la vida cotidiana del autor y su público, que utilizan la lengua popular que se oía por las calles de Sevilla, Toledo, Cáceres o Trujillo en los primeros años del reinado de Felipe II. A la directora del grupo Tirso estas piecitas le recordarán alguna experiencia teatral de su infancia. Gracias a ellas descubrimos cómo ciertos resortes cómicos siguen vigentes a lo largo de los siglos: el juego ingenioso del pícaro, la figura risible y entrañable del bobo que disparata y cantinflea para regocijo del auditorio, la necesidad humana que se empeña en discusiones absurdas... Estas obras maestras, fácilmente representables, son ahora más accesibles todavía gracias a que el Grupo Tirso las han «traducido» a la lengua cotidiana y familiar de sus lectores y destinatarios.

¡Mi más cordial enhorabuena a cuantos han participado en esta espléndida recreación de los pasos del gracioso cómico sevillano!

Felipe B. Pedraza Jiménez
INSTITUTO ALMAGRO DE TEATRO CLÁSICO
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

INTRODUCCIÓN

LOPE DE RUEDA Y EL NACIMIENTO DEL TEATRO EN ESPAÑA

Lope de Rueda se considera un hito indiscutible en la historia de teatro español, no solo por la calidad de sus piezas y por el éxito del que disfrutó en su tiempo, si no porque se le tiene por uno de los creadores de este género en nuestra literatura.

Normalmente abordamos el estudio de la literatura desde una perspectiva histórica, es decir, por épocas. Dentro de cada periodo clasificamos los textos que vamos a estudiar por géneros literarios: narrativa, lírica y teatro.

Al estudiar la literatura medieval española nos encontramos con un vacío en el apartado dispuesto para el teatro. Solo mencionamos una pieza de temática religiosa y de la que se conserva un breve fragmento: el *Auto de los Reyes Magos*. No podemos saber si existió o no teatro en España, pero, si lo hubo, no se ha conservado nada de él. Esta falta de textos puede justificarse considerando el carácter escénico e inmediato de la representación, que sin duda se impone a su carácter textual. Dicho de otra forma: a la gente de teatro y a los espectadores les importa lo que pase en la representación, todo el esfuerzo y

la atención se centran en los minutos que dura la obra. Nadie se preocupa por lo que pase después. Que el texto quede para la posteridad o que nosotros podamos estudiarlo es solo asunto nuestro.

De todos modos hay algo que nos sorprende más que la ausencia de textos: las primeras obras que conservamos son rudimentarias en su estructura, los autores desconocen elementos fundamentales como el movimiento escénico y la construcción de los personajes. Se diría que los primeros dramaturgos carecen de modelos (orales o escritos) próximos. Más que obras de teatro parecen prototipos de un invento que aún no funciona como debería.

Sabemos que los hombres de la Edad Media disfrutaban de ciertos espectáculos, como el recitado público de los juglares, malabares, bailes y música. Pero esto poco tiene que ver con lo que entendemos por teatro, espectáculo en que acción y diálogo muestran ante los ojos del público unos personajes y una situación.

Pero volvamos a Lope de Rueda. ¿Quiere decir esto que nuestro autor salió de la nada como una seta en un bosque? Evidentemente no. Ni siquiera las setas salen de la nada, aunque nos sorprenda lo repentino y exuberante de su presencia.

Ya hemos mencionado algunas piezas primitivas, simples, con las que se inicia la andadura del teatro en España. Muchas de ellas son de carácter religioso y servían para escenificar episodios importantes de los evangelios en aquellos momentos del año en que los recordamos: el nacimiento de Jesús, la pasión de Cristo, etc. También tenemos algunas obras de carácter profano, es decir, no religioso, pensadas para entretener con

algún argumento amoroso, con elogios a los poderosos en las fiestas que estos mismos celebraran.

A finales del siglo XV y principios del XVI algunos autores como Juan del Encina, Lucas Fernández o Gil Vicente entre otros, habían dedicado su esfuerzo al teatro. Era un teatro muy “poco teatral”. Quiero decir con esto que aparecían personajes que hablaban entre sí, nos contaban sus cosas, sus preocupaciones, tal vez lo que les había pasado... pero en escena, a la vista del público, no pasaba nada, no había prácticamente acción, solo dos personas conversando.

Dirá el lector que esto no es del todo verdad, que no todas las piezas eran tan simples, y pondrá como ejemplo *La Celestina* (Fernando de Rojas, 1499). Y tendrá razón. En *La Celestina* pasan cosas, los personajes son complejos, redondos. Sin embargo, el lector que haya hecho esta observación se dará cuenta también de las dificultades de llevar a escena esta obra, fundamentalmente por su extensión. Puede ser que el mismo Fernando de Rojas no concibiera los límites de tiempo y espacio que tiene una obra de teatro o, sencillamente, que quisiese hacer otra cosa.

En el año 1520, Torres Naharro, autor español que por entonces vivía en Italia, escribió *La Propaladia*, un libro en el que habla de lo que es el teatro y nos da una primera definición en nuestra lengua: “Artificio ingenioso de notables y finalmente alegres acontecimientos por personas disputado”. La definición de Torres Naharro acentúa tanto la acción (“acontecimientos”) como el diálogo (“por personas disputado”). Según esta definición, no hay más que la comedia (“finalmente alegres”). Pero, el autor de *La Propaladia* parece saber que habla de un

género que está en sus principios y del que todavía hay mucho que decir: “licencia tienen los discretos para quitar y poner”.

En este ambiente teatral vino Lope de Rueda al mundo, probablemente en la primera década del siglo XVI, en la ciudad de Sevilla. Su primer oficio fue batihoja, actividad que consiste en transformar el metal en láminas finas para luego trabajar con ellas.

No sabemos como llegó al teatro, aunque parece que se aficionó siendo espectador de las comedias que las compañías italianas traían a España. Esto explicaría, en parte, el aire nuevo que dio al teatro español, llenándolo de dinamismo, movimiento, frescura... Pero no todas las novedades escénicas que introdujo se deben a la influencia italiana. Su capacidad para observar la realidad, la lengua, los caracteres y su agudo sentido de lo cómico y lo teatral harán el resto.

Se ha pensado, aunque no podemos estar seguros de ello, que el teatro italiano del que Lope de Rueda se nutrió era el que conocemos con el nombre de Comedia del arte. La Comedia del arte era un teatro en que los personajes no son más que caricaturas que representan los defectos, las pasiones y las virtudes de los seres humanos de una manera inocente. Cuando los personajes salían a escena el espectador ya sabía qué podía esperar de ellos. Eran siempre los mismos tipos, Arlequín, Polichinela, Colombina, Pantalón... llevaban el rostro cubierto con una máscara y vestían siempre igual: Arlequín a rombos, Polichinela de blanco, Colombina de dama joven...

El que todo el mundo conociese a priori el carácter de cada uno ayudaba a vencer las posibles dificultades lingüísticas de la representación, seguramente en un castellano mezclado

con la lengua italiana. Cada obra abordaba una anécdota que daba lugar a un argumento simple y humorístico. Para las compañías de la Comedia del arte el texto era tan poco importante que no se molestaban en escribirlo, trazaban un pequeño esbozo argumental para que los actores supieran lo que tenía que suceder en cada momento y los diálogos se improvisaban. Estas compañías viajaron por toda Europa y dejaron huellas de su paso no sólo en España, sino también en Francia donde, un siglo después, fueron fuente de inspiración de Molière.

En cualquier caso, si algo deben los pasos a la comedia del arte es una cierta inspiración dramática, no los argumentos ni los personajes. Estos son originales de Lope de Rueda.

Con Lope de Rueda el teatro en España se convierte en un espectáculo popular y comercial: es una profesión con una amplia proyección pública, no un acto privado para ser representado en el palacio de los nobles. Pagan por las representaciones los cabildos y los ayuntamientos. Los actores y los dramaturgos viven de las representaciones y, con el fin de aumentar su público y por tanto su recaudación, tienen que desplazarse de una ciudad a otra. La puesta en escena era algo sencillo. Aún no había teatros estables, por tanto las compañías montaban su espectáculo en el lugar que les parecía más propicio para su negocio, a veces se desplazaban en carros, o a pie. El mismo carro les servía de escenario para elevarse y ser más visibles al público. No usaban decorados, aunque sí algo de utilería para caracterizar la escena. Los actores no se disfrazaban totalmente, sino que se caracterizaban con los elementos más significativos del personaje. El diálogo vivo y la acción son los verdaderos protagonistas de la puesta en escena.

Introducción

Lope de Rueda tuvo su propia compañía para la que escribía sus obras. Él mismo las representaba. Sus textos y las situaciones que creaba en los pasos estaban seguramente hechas a su medida, conocía su potencial como actor y por tanto escribía para sí aquello que le permitiese lucir su vis cómica. Acostumbraba a poner en escena dos bobos y se reservaba para él el más bobo de los dos, por su comicidad, precisamente.

Escribió cinco comedias que no son más que adaptaciones de textos italianos de autores cultos. En las representaciones de las comedias solía intercalar pasos originales. Conservamos diez pasos, pero tres de ellos de autoría dudosa.

Los pasos eran piezas muy breves, pequeñas anécdotas que permitían un limitado desarrollo argumental pero que daban mucha risa, fundamentalmente por la frescura de los personajes, nada complejos, con los que el espectador se hacía inmediatamente. También por el realismo ágil de los diálogos.

Los personajes y las situaciones parecen sacadas de la vida misma, la pelea matrimonial, el bobo engañado, el extranjero que habla con acento, el que se cree más listo que otro y no lo es, el marido engañado...

Al leer los *Pasos* veréis que hay pocas acotaciones, seguramente Lope de Rueda tenía el movimiento escénico en su cabeza y le parecía innecesario anotarlos. Recordemos que son obras escritas para su propia compañía.

La industria editorial se dio cuenta enseguida del potencial económico que tenían estos textos, reídos por toda una generación y los editó en dos volúmenes: el *Registro nuevo de representantes* y *El deleitoso*. Su editor, Juan Timoneda, seguramente intervino en los textos, sobre todo para dar coherencia a

Introducción

los diálogos, en los que probablemente estaba más cuidado el realismo lingüístico que la coherencia gramatical.

Las obras de Lope de Rueda son divertidas, graciosas, sin segundas intenciones. Agudas e inocentes.

Juzgue el lector.



Nuestro trabajo en la Biblioteca del les Francisco de Orellana



Juan Carlos, Paco, Montaña, Ikram, Claudia, Ana y Paula.

Feria del Libro de Trujillo 2015.



Baúl, bolsas, capas, ropas...attrezzo



Félix como Juan Timoneda



Nuestra compañía al completo. ¡Gracias, chicos!

NUESTRA EDICIÓN

Como en anteriores entregas, esta nueva adaptación de un clásico busca proporcionar una lectura fácil y placentera a todo aquel que se acerque a la obra.

Lope de Rueda escribía con una lengua viva sacada directamente del habla de su tiempo. Esa viveza, autenticidad y frescura dificultan el trabajo del adaptador. Es una lengua que parece estar en movimiento y que, por eso mismo, resulta muy difícil de atrapar.

Los juegos lingüísticos, la comicidad proveniente de otros acentos y otras hablas no estandarizadas es continua, así que hemos tenido que tomarnos algunas libertades que, tal vez traicionen algo la literalidad de los textos, a cambio intentan recoger su espíritu.

Hemos mantenido el tono de la época conservando los tratamientos de cortesía en los parlamentos, pero hemos actualizado todo lo que nos parecía difícil de entender en una primera lectura. Ha sido un reto intentar conservar la variedad de acentos y de registros que los personajes utilizan, esto nos ha obligado a ir un poco más allá de la adaptación, actualizando algunos giros lingüísticos.

Para este trabajo hemos utilizado las siguientes ediciones:

—Lope de Rueda, *Eufemia, comedia Armelina, El deleitoso*, edición de José Moreno Villa, Espasa Calpe.

—Lope de Rueda y Miguel de Cervantes, *Pasos y entremeses*, edición Celsa Carmen García Valdés, Bruño.

—Lope de Rueda, *Teatro completo*, edición de Ángeles Cardona de Gibert, edición Bruguera Libro amigo.

LOS CRIADOS

PASO PRIMERO

Muy gracioso, en el cual se introducen tres personas,
compuesto por Lope de Rueda.

LUQUITAS, paje
ALAMEDA, simple
SALCEDO, amo

—(*En escena Luquitas y Alameda*)

LUQUITAS

Anda, anda, hermano Alameda.

ALAMEDA

Que ya voy; ¡que he pasado de largo!

LUQUITAS

¡Que en viendo una taberna te quedas embobado!

ALAMEDA

Si se me va la vista, ¿qué quieres que haga?

LUQUITAS

Acaba anda; vamos rápido, que no sería raro que un señor tan impaciente, piense que nos hemos ido de casa con el dinero.

ALAMEDA

¿Tanto te parece que hemos tardado?

LUQUITAS

Mira, si nos tardarnos un poquito más, podría ser que el señor nos recibiera con lo que suele.

ALAMEDA

¡Pardiez! Si no te hubieras entretenido tanto en casa de esa, que buen siglo tenga el alma que tan buen oficio le enseñó. Allí me tuvieras de mi propia voluntad, con una cuerda de lana, más amarrado que si estuviera por fuerza en el cepo de las cárceles de Valencia.

LUQUITAS

En casa de la buñolera querrás decir.

ALAMEDA

¿Buñolera se llama esa? ¡Oh, qué nombre tan señorial, Dios bendito!

LUQUITAS

Pues, ¿tú no lo vistes?

ALAMEDA

¡Pardiez, hermano Lucas, no me interesó como se llamaba! Basta saber que si Dios o mi buena suerte me llevase otra vez a la villa, que no equivocaría de casa, aunque vaya a gatas y con los ojos puestos tras el cogote.

LUQUITAS

¿Has comido algo mejor desde que tu madre te parió?

ALAMEDA

¡Pardiez, ni antes de que me pariera! Yo, como los vi tan señoriales y en aquella bandeja, con aquel arropo encima, no sabía que cumplidos hacerles, que en cada uno de ellos me quisiera estar una larga hora y media; pero, como debían de ser tus amigos y los conocías de antes, merodeabas sobre ellos como banda de gallinas sobre puñado de trigo.

LUQUITAS

Sí, sí; que a ti te faltaba aliento.

ALAMEDA

Eso fue porque vi como iban las cosas, que si no andaba listo me quedaba sin nada. A fe que me hacías engullir sin mascar.

LUQUITAS

Aquellos pasteles estaban mal cocidos y la base muy áspera; debía de ser puro salvado.

ALAMEDA

¿Que tenían base?

LUQUITAS

Sí, pues ¿no los viste?

ALAMEDA

Yo juro por los huesos de mi bisabuela la tuerta, que ni miré si tenían base ni altura; pero yo no creo fueran de puro salvado, como dices tú. Aunque si hubieran sido de corcho me los hubiera comido sin dejar nada. Me alegré, hermano Lucas, cuando te vi dar tras ellos tan a gusto y, como vi que mejorabas por momentos en el arte de hincar el diente, quedé escarmentado de verte comer los buñuelillos y di sobre el pastel a tajo abierto, de modo que se desayunó mi estómago como nunca lo había hecho nadie de mi condición.

LUQUITAS

Era mejor comer primero el hojaldre y después la carne.
Así sabe mejor.

ALAMEDA

¿Y qué era el hojaldre?

LUQUITAS

Lo de encima.

ALAMEDA

La tapa, quieres decir.

LUQUITAS

Sí, hermano; la tapa y aquello de los lados.

ALAMEDA

¡Válgame Dios, qué de nombres sabes de cosas de comer!

LUQUITAS

En fin, ¿te ha sabido bien el almuerzo?

ALAMEDA

¡Oh, muy bien! Que ojalá no se acabase nunca, que yo nunca estoy satisfecho, ha sido un buen almuerzo. Pero, por tu vida, hermano Lucas, dime la verdad.

LUQUITAS

Sí, si la sé.

ALAMEDA

¿Por tus muertos?

LUQUITAS

Que sí.

ALAMEDA

¿Por tu madre?

LUQUITAS

Venga ya.

ALAMEDA

¿Cuánto costó la comida de hoy?

LUQUITAS

Más de 22 maravedíes.

ALAMEDA

¡Qué bien te lo montas! ¡Bendita sea la madre que te parió!
¡Qué bien te apañas para sisar! Todo muchacho que sisa es hon-
rado. Ojalá vivas días muy buenos, que buen día me has dado.

LUQUITAS

¡Mira! Ahí viene el señor. Si te pregunta en que nos hemos detenido, dirás que había mucha gente en las cebollas y el queso.

ALAMEDA

¿Cuáles cebollas y quesos? Yo no los vi.

LUQUITAS

Que ya lo sé. Si es para que no nos riña. Tú di esa mentira.

ALAMEDA

¿Quieres que mienta? En eso pondría mis manos en el fuego. No tienes necesidad de avisarme, que yo lo haré tan bien, de manera que tú quedes condenado y el señor con queja.

LUQUITAS

Que no lo dices bien. Se dice que yo quede disculpado y el señor sin queja.

ALAMEDA

Pues eso mismo es lo que yo quería decir, pero como aún me pica la boca de la pimienta de los pasteles, se me ha languado la traba.

LUQUITAS

Pues, hermano Alameda, te lo pido por tu vida: cuidado que no nos pillen. Vamos adentro que te va tanto a ti como a mí.

ALAMEDA

Calla, calla que no hace falta que me lo digas, que los hombres de bien y amigos de amigos tienen siempre dos caras, de toda la vida lo he dicho yo: sí por no, no por sí.

(Entra Salcedo)

SALCEDO

¡Oh, qué buena gentecilla!

ALAMEDA

Trae un garrote y viene de buen humor, ¡Ja ja!

SALCEDO

¿De qué te ríes?

ALAMEDA

¿No quiere vuestra merced que me ría? ¡Ja ja!

SALCEDO

Pues cuando su señoría haya acabado, me avisa.

ALAMEDA

Ya, ya *compiezo* a acabar. ¡Ja ja!

SALCEDO

¿Habéis acabado, señor?

ALAMEDA

Ay... sí... Ya puede vuestra merced hablar.

SALCEDO

¡Oh bendito sea Dios!

ALAMEDA

Espere, espere que todavía me queda un poco de risa. ¡Ja ja!

SALCEDO

¿Te queda más?

ALAMEDA

No señor.

SALCEDO

¡Dichosos los ojos que os ven! ¿Por qué habéis tardado, galanes?

ALAMEDA

¿Qué hora es señor?

SALCEDO

Ya ha pasado la hora de comer.

ALAMEDA

¡Qué! ¿Ya han comido en casa?

SALCEDO

¿No os he dicho que sí?

ALAMEDA

¡Muera yo de indigestión! ¿Te parece bien hermano Lucas, haberme hecho perder la comida por un almuerzo? ¿Cuándo voy a recuperar yo esta comida, aunque viva hasta el día del juicio final?

SALCEDO

¿No me decís en que ha sido la tardanza? ¿Vos, Lucas, de que huís? ¡Toma toma muchacho! A ver si venís pronto de los recados.

LUQUITAS

¡Ay ay, señor!, Que había mucha gente en las cebollas y el queso, si no, que lo diga Alameda.

SALCEDO

¿Es verdad esto que dice Luquillas?

ALAMEDA

Vuestra merced ha de saber que cuando al tiempo que vuestra merced y yo estaba...

SALCEDO

¿Qué dices villano? Toma tú también.

ALAMEDA

Luquitas, ¡ponte en medio, en medio!; yo juro por san... que esto que hace no es de hombre de bien. ¿Al muchacho con la mano y a mí con el garrote? Esa injusticia no se puede aguantar entre hombres de la misma clase.

SALCEDO

Ahora dejáros de excusas y decidme la verdad; ¿en qué habéis tardado?

ALAMEDA

(¿Cómo me dijiste antes Luquillas?)

LUQUITAS

(Que había mucha gente en las cebollas y el queso).

El deleitoso. Los criados

ALAMEDA

(¿Qué cebollas y queso? Yo no vi nada).

LUQUITAS

(Tú dilo así, para que no nos riña más).

ALAMEDA

(¡Ah! ¿Por eso?)

SALCEDO

¿Qué excusas son estas? Acabad, contádmelo vos.

ALAMEDA

Ya, ya lo compiezo a contar.

SALCEDO

Pues acaba ya.

ALAMEDA

Vuestra merced ha de saber... ¿Cómo empieza, Luquillas?

LUQUITAS

Lo de las cebollas.

ALAMEDA

Sí señor, que como llegamos a la villa y fuimos a la plaza, entró Luquillas y se sentó, y como había tantos platos por allí, y había tantas cebollas en la gente, como digo, señor, tantas cebollas en el queso...

SALCEDO

¿Qué dices?

ALAMEDA

Digo, señor, tantos quesos en las cebollas, parece ser que no nos pudo despachar más rápido la buñolera... no, no; la pastelera quise decir.

LUQUITAS

¡Mira el burro! Por decir la tendera dijo la buñolera; como todo acaba en *era*.

ALAMEDA

Sí, sí señor; como todo acaba en *era*, eso debe de ser. Dígame vuestra merced: ¿Cómo se llama aquello que echan como por encima de los pastelillos?

SALCEDO

La miel, quieres decir.

ALAMEDA

¿Cómo, era miel? Pues en despegarla del plato ha tardado más, Luquillas, que en nada.

LUQUITAS

No lo crea, señor. Está mintiendo.

ALAMEDA

¿Qué miento? ¡Juro por Dios que habéis pecado! Llevaos ese pecadillo a cuestras. ¿Mentir un pobre hombre como yo?

LUQUITAS

Mire vuestra merced: yo llegué a casa de la que vendía el queso, y de un real que le di no me quiso dar la vuelta, hasta que vino un guardia e hizo que me lo devolviese.

ALAMEDA

¿Era un guardia aquel que estaba en la puerta del horno con la pala larga?

LUQUITAS

En la puerta de la tienda, querrás decir.

ALAMEDA

¿Aquella era la puerta de la tienda? ¡Juro a san... que era puerta de horno y tabla de pasteles!

SALCEDO

Ahora este asunto no lo veo muy claro, y no puedo juzgar cual de los dos tiene la culpa; pero tanto tú por hacerlo como tú por verlo, los dos sois culpables.

LUQUITAS

Sepa, señor, que Alameda entró delante.

ALAMEDA

Es verdad, señor, que yo entré delante, pero Luquillas ya lo tenía todo planeado.

SALCEDA

Basta, que entre ambos me la pagaréis.

LUQUITAS

(¡Eh, Alameda, eh; oye aquí!)

ALAMEDA

(¿Es a mí?)

LUQUITAS

(Sí a ti, ya sabes que tú entraste delante en casa de la buñolera y comiste tanto como yo).

ALAMEDA

(Ya, ya; no me digas nada).

LUQUITAS

(Mira que somos amigos y, por tanto, discúlpame con señor y di que lo dijiste en broma).

ALAMEDA

(Tranquilo, que yo te disculparé). Sepa, señor, que Luquillas es uno de los mayores ladrones del mundo, y que de un real que le dé, sisa medio.

SALCEDO

Decidme qué pasó.

ALAMEDA

Sepa vuestra merced que como él entró, yo ya estaba allí, y se puso entre los platos, y tomo al tiempo que yo dije...

SALCEDO

¿Qué miras, villano? ¡Ay! ¿Por qué me das?

ALAMEDA

¡San Jorge, San Jorge!

SALCEDO

¿Qué es eso? ¿Una araña? ¡Mátala, mátala!

ALAMEDA

Espere, señor, que allí está.

SALCEDO

¿Eh? ¡Mírala!

ALAMEDA

No, no señor, que no es nada; era la sombra de la oreja; perdone vuestra merced.

SALCEDO

Ahora entrad acá dentro, que todo me lo pagaréis junto.

ALAMEDA

¡Al diablo! ¡Qué pescuezo tan duro! ¡Dios mío, Dios mío!
Que me ha lastimado la mano.

SALCEDO

¿Pero, es que había que dar tan fuerte?

ALAMEDA

Con un ladrillo se mataría mejor.

El deleitoso. Los criados

SALCEDO

Así pues, vamos.

ALAMEDA

Vaya vuestra merced.

SALCEDO

Pasad delante.

ALAMEDA

¡Mejor que pase otro, que me dará la risa!

FIN DEL PASO PRIMERO

LA CARÁTULA

PASO SEGUNDO

Muy gracioso, en el que se introducen tres personas.
Compuesto por Lope de Rueda.

— ALAMEDA, simple.

— SALCEDO, su amo.

(Campo solitario. Entran Alameda y Salcedo)

ALAMEDA

¿Acá está vuestra merced, señor mi amo?

SALCEDO

Aquí estoy: ¿tú no lo ves?

ALAMEDA

Pardiez, señor, que no lo veía, no lo encontraba aunque diera más vueltas que un podenco antes de acostarse.

SALCEDO

Por cierto, Alameda, que ese negocio tuyo no se puede creer fácilmente.

ALAMEDA

Si no me cree es porque no está en su juicio, pues a fe que vengo a tratar con vuestra merced un negocio, que me va mucho en mi conciencia. Si acaso me pongo el cilicio.

SALCEDO

Silencio querrás decir.

ALAMEDA

Sí, silencio será, pienso que...

SALCEDO

Pues di lo que quieras, que este lugar está bien apartado por si ha de haber silencio o cosa de secreto.

ALAMEDA

¿Hay quien nos pueda oír por aquí? Mírelo bien, porque es cosa de gran secreto, y en topetando que le topeté lo sabrá vuestra merced como si se lo dijeran al oído.

SALCEDO

Venga, que te creo sin falta...

ALAMEDA

¿Pues no me había de creer siendo nieto de banqueros?

SALCEDO

¿Qué hay? Acabemos.

ALAMEDA

Hable bajito.

SALCEDO

¿Qué aguardas?

ALAMEDA

Más bajo.

SALCEDO

Di lo que has de decir.

ALAMEDA

¿Hay quien nos escuche?

SALCEDO.

¿No te he dicho que no?

ALAMEDA

Sabed que he encontrado una cosa con que podré ser rico y famoso, si Dios me ayuda.

SALCEDO

¿Cosa de encontrar, Alameda? Tu compañero quiero ser.

ALAMEDA

No, no; solo la encontré, solo quiero disfrutarla, si la fortuna no me es adversa.

SALCEDO

Muestra qué te has encontrado, enséñamelo.

ALAMEDA

¿Ha visto vuestra merced un cernícalo?

SALCEDO

Sí, muy bien.

ALAMEDA.

Pues mayor es mi hallazgo que vale más de veinticinco maravedís.

SALCEDO

¿Es posible? Muestra a ver.

ALAMEDA

Ni sé si venderlo o empeñarlo.

SALCEDO

Muestra.

ALAMEDA

Paso a paso, mírela tantico.

SALCEDO

¡Oh desventurado de mí! ¿Esto era tu hallazgo?

ALAMEDA

¿Cómo? ¿No es bueno? Pues sepa vuestra merced que viniendo del monte por leña, me la encontré junto al vallado del corral este diablo de carátula. ¿Y de dónde sale esto, si sabe vuestra merced?

SALCEDO

Hermano Alameda, no sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes que te ocurriera una desdicha tan grande.

ALAMEDA

¿Desdicha es que un hombre halle una pieza como esta?

SALCEDO

¿Y cómo si es desdicha? No quisiera estar en tu piel por todo el tesoro de Venecia, ¿Tú conoces este pecador?

ALAMEDA

¿Pecador es este?

SALCEDO

Dime, Alameda, ¿no tienes noticia del santero que desollaron los ladrones la cara para robarle, Diego Sánchez?

ALAMEDA

¿Diego Sánchez?

SALCEDO

Sí, Diego Sánchez; no me puedes negar que no sea este.

ALAMEDA

¿Qué este es Diego Sánchez? ¡Oh desdichada de la madre que me parió! ¿Pues cómo no me dio Dios unas libras de pan, y no una cara de desollado? Eh, Diego Sánchez, Diego Sánchez. No, no pienso que responda por más voces que le den. Y diga, señor, ¿qué se hicieron de los ladrones? ¿Los detuvieron?

SALCEDO

No los han hallado; pero entérate, hermano Alameda, que anda la justicia muerta por saber quienes son los delincuentes.

ALAMEDA

Y por dicha, señor, ¿soy yo ahora el delincuente?

SALCEDO

Sí, hermano.

ALAMEDA

¿Pues qué me harán si me cogen?

SALCEDO

El menor mal que te harán (cuando muy misericordiosamente se encuentren contigo) será ahorcarte.

ALAMEDA

Ahorcarme, y después echarme a galeras, y más yo que soy algo ahogadizo de la garganta; que yo bien lo sé, señor, que si me ahorcasen, se me quitaría la gana de comer.

SALCEDO

Lo que yo te doy por consejo, hermano Alameda, es que luego te vayas a la ermita de San Antón, y te hagas santero así como lo era el otro desdichado, y de esta manera la justicia no te hará mal ninguno.

ALAMEDA

Y dígame, señor, ¿cuánto me costará una tablilla y campanilla como aquella de aquel desdichado?

SALCEDO

No es menester una nueva, que la del pasado santero anda vendiendo el pregonero de la villa, y se la podrás comprar: más de una cosa tengo miedo.

ALAMEDA

Yo de más de doscientas. ¿Y la suya cuál es?

SALCEDO

Que estando sólo en la ermita, te podría aparecer alguna noche el espíritu de aquel pobrecillo; pero más vale que te asuste a ti, que no que asustes tú a otros colgado del pescuezo como podenco en barbacana.

ALAMEDA

Y más yo, que en apretándome la nuez un poco no puedo resollar.

SALCEDO

Pues, hermano, anda presto, porque si te tardas, podría ser que topases con la justicia.

ALAMEDA

¿Y qué se ha de hacer de esta carátula, o lo que sea?

SALCEDO

Esta, déjala estar, para que la encuentren.

ALAMEDA

Pues yo me voy, ruegue a Dios que me haga buen santero: ahora, quedad en paz señor Diego Sánchez.

(sale Alameda)

SALCEDO

Ahora va a pasar lo siguiente: le he hecho creer a este animalazo que esta carátula es el rostro de Diego Sánchez y voy a hacerle una burla sobre ella, y es que yo me quiero ir a apañar con una sábana lo mejor que pueda, y le saldré al encuentro, fingiendo que soy el espíritu de Diego Sánchez, y veréis qué burla tan estupenda será esta. Sus, voy a poner manos a la obra.

(Bosque. Entra Salcedo, y sale Alameda, simple, vestido como de santero, con una lumbre en la mano y una campanilla.)

ALAMEDA

Para la lámpara del aceite, señores. Es muy trabajoso ser santero, pues solo se comen mendrugos de pan: que no parezco sino el perro del conejero, que lo matan de hambre porque

cace mejor y con más gana; y además que los perros que solía tener por amigos como me ven con este traje no me conocen; y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo y les recojo los mendrugos de pan que ellos solían tener por principal sustento, así se vienen a mí las bocas abiertas, como el cuco a las mariposas; y lo peor de todo es que cada vez que se menea un mosquito en la ermita pienso que es el alma del santero desollado, y no tengo otro remedio sino, en el momento que oigo algo, meter la cabeza debajo la ropa, que no parezco sino olla de arroz que la tapan porque no se le salga la sustancia. Dios me quitará esta pena por su infinita bondad. Amén.

SALCEDO

Alameda.

ALAMEDA

¡Ay! Me llaman. ¿Hay quien dé por Dios para la lámpara del aceite?

SALCEDO

Alameda.

ALAMEDA

Ya son dos Alamedas. Alameda y en mitad del monte, no es por mi bien. Dios sea conmigo.

SALCEDO

Alameda.

ALAMEDA

El Espíritu Santo sea conmigo y contigo. Amen. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

SALCEDO

Alameda.

ALAMEDA

Así, así, mucho Alameda, Alameda, y después me engañarán con una perra chica.

SALCEDO

Alonso de Alameda.

ALAMEDA

Alonso y todo: ya me saben el nombre de pila, esto no da buena espina: quiero preguntar que quien es, con dolor de mi corazón. ¿Quién sois?

SALCEDO

¿No me conoces en la voz?

ALAMEDA

¿Yo en la voz? Ni aún querría; no os conozco si no os viese la cara.

SALCEDO

¿Conociste a Diego Sánchez?

ALAMEDA

Él es, él es; pero podría ser que no sea él, sino otro. Señor, conocí siete u ocho en esta vida.

SALCEDO

¿Pues cómo no me conoces a mí?

ALAMEDA

¿Sois vos alguno de ellos?

SALCEDO

Sí soy; porque antes que me desollasen la cara...

ALAMEDA

El desollado es, el desollado es; Dios sea con mi alma.

SALCEDO

Porque me conozcas me quiero mostrar a ti.

ALAMEDA

¿A mí? Nada, no se moleste. Señor Diego Sánchez, aguarde que pase por el camino otro que le conozca mejor que yo.

SALCEDO

A ti soy enviado.

ALAMEDA

¿A mí, señor Diego Sánchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido, y me pesa de buen corazón, y de mala voluntad.

SALCEDO

¿Qué dices?

ALAMEDA

Estoy turbado, señor.

SALCEDO

¿Me conoces ahora?

ALAMEDA

Ta, ta, ta, sí señor; ta, ta, ta, ya le conozco.

SALCEDO

¿Quién soy yo?

El deleitoso. La carátula

ALAMEDA

Si no me engaño, sois el santero que le desollaron la cara para robarle.

SALCEDO

Sí soy.

ALAMEDA

Ruego a Dios para que no lo fueras. ¿Y no tenéis cara?

SALCEDO

Antes solía tener cara, aunque ahora la tengo postiza por mis pecados.

ALAMEDA

¿Pues qué quiere ahora, señor su merced Diego Sánchez?

SALCEDO

¿Dónde están los restos de los muertos?

ALAMEDA

A las sepulturas se les envía. ¿Y comen por allá, señor Diego Sánchez?

SALCEDO

Sí: ¿por qué lo dices?

ALAMEDA

¿Y qué comen?

SALCEDO

Lechugas cocidas, y raíces de malvas.

ALAMEDA

Bellaco manjar es ese, por cierto. ¡Cuánta diarrea debe de haber allá! ¿Y por qué me queréis llevar con vos?

SALCEDO

Porque sin mi licencia os pusisteis mis ropas.

ALAMEDA

Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

SALCEDO

Vos mismo habéis de venir, y si das las explicaciones que convenzan y os descarguen de la culpa, os dejarán volver.

ALAMEDA

¿Y si no?

SALCEDO

Os quedáis con los esqueletos viejos. Pero falta otra cosa.

ALAMEDA

¿Qué es, señor?

SALCEDO

Habéis de saber que aquellos que me desollaron me echaron en un arroyo.

ALAMEDA

Fresco estaría allí su magnificencia.

SALCEDO

Y es menester que al punto de la media noche vayáis al arroyo, y saquéis mi cuerpo y le llevéis al cementerio de San Gil, que está al final de la villa, y allí junto digáis a grandes voces: Diego Sánchez.

ALAMEDA

Y diga, señor, ¿tengo que ir enseguida?

SALCEDO

Enseguida, enseguida.

ALAMEDA

Pues, señor Diego Sánchez, ¿no será mejor que vaya a casa por un borrico en que vaya caballero su cuerpo?

SALCEDO

Sí, date prisa.

ALAMEDA

Ahora vuelvo.

SALCEDO

Anda, que aquí os aguardo.

ALAMEDA

Dígame, señor Diego Sánchez, ¿cuánto hay de aquí al día del juicio?

SALCEDO

Dios lo sabe.

ALAMEDA

Pues hasta que lo sepáis vos podéis aguardar.

SALCEDO

Venid presto.

El deleitoso. La carátula

ALAMEDA

No comáis hasta que venga.

SALCEDO

¿Así? Aguarda, pues.

ALAMEDA

Válgame Santa María, Dios sea conmigo, que me viene siguiendo.

FIN DEL PASO SEGUNDO

CORNUDO Y CONTENTO

PASO TERCERO

Muy gracioso, en el cual se introducen las siguientes personas. Compuesto por Lope de Rueda.

LUCIO, doctor médico.

MARTÍN VILLALBA, simple.

BÁRBARA, su mujer.

JERÓNIMO, estudiante.

(En escena Lucio y Martín Villalba)

LUCIO

¡Oh, *miserabilis* doctor, cuanta pena *paciuntur propter miseriam!* ¿Qué mala suerte tengo que no he recetado nada en todo el día? ¡Mirad quién asoma para aliviar mi pena! Este es un animal que le ha hecho su mujer creer que está enferma para darse el gusto con un estudiante, y él es tan pesado que no le basta con dos ni tres visitas al día. Pero venga, mientras que siga habiendo pollos en el corral, nunca su mujer estará sin fiebre. Sea bienvenido el bueno de Alonso...

MARTÍN

No, no señor licenciado; me llamo Martín de Villalba para toda su honra.

LUCIO

Salus adque vita in qua Nestereos superetis dias superetis días.
¿Para qué era esto, hermano Martín de Villalba?

MARTÍN

Señor, perdone vuestra merced, que aún están todavía pequeñuelos. Pero cuando sane mi mujer, yo le prometo un ganso que estoy engordando.

LUCIO

Que Dios os de salud.

MARTÍN

No, no, primero a mi mujer; ruegue a Dios, señor.

LUCIO

Muchacho, toma esos pollos; ciérrame esa jaula.

MARTÍN

No, no señor, que vienen atados; Vuestra merced puede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de comer?

LUCIO

Sinceramente, no.

MARTÍN

Mire, primeramente les ha de quitar la vida y desplumarlos, después tirar las plumas y las vísceras, si las tuviese dañadas.

LUCIO

¿Y después?

MARTÍN

Después cuézalos y ya están listos para comer.

LUCIO

Me parece bien todo eso. ¿Cómo se ha sentido esta noche vuestra mujer?

MARTÍN

Señor, algún tiempo ha reposado, como ha dormido en casa su primo el estudiante, que tiene la mejor mano de boticario del mundo entero, no ha dicho en toda esta noche aquí me duele.

LUCIO

Yo lo creo.

MARTÍN

Guárdenos Dios del diablo.

LUCIO

¿Y está en casa?

MARTÍN

Pues si no estuviera en casa, ya estaría muerta.

LUCIO

¿Tomó bien la purga?

MARTÍN

¡Ah, mi madre! Ni siquiera la quiso oler. Pero bien que nos costó para que le hiciese efecto la medicina.

LUCIO

¿Cómo?

MARTÍN

Señor, aquel primo suyo, como es muy letrado, sabe más que el diablo.

LUCIO

¿De qué manera?

MARTÍN

Me dijo: —Mirad, Martín de Villalba. Vuestra mujer está de mala gana y es imposible que ella beba nada de esto. Vos decís que queréis bien a vuestra mujer. Dije yo. —¡Ah, mi madre!, no estéis en eso, que juro que la quiero como la niña de mis ojos. Dijo él entonces: —Pues bien, os acordaréis que cuando os casasteis con ella dijo el cura, sed unidos en una misma carne. Dije yo: —Es verdad. Dijo él: —Pues siendo verdad lo que el cura dijo y siendo todo una misma carne, tomando vos esta purga, tanto bien le hará a vuestra mujer como si ella misma se la tomase.

LUCIO

¿Qué hicisteis?

MARTÍN

Pardiez, apenas hubo acabado la última palabra, cuando ya estaba el tazón más limpio y relimpio como si lo hubiera lamido un gato.

LUCIO

¡Bien le aprovecharía!

MARTÍN

Dios nos guarde, yo fui el que no pude pegar ojo, que ella no se despertó hasta las once de la mañana y como me había quedado aquella madrugada con el estómago tan vacío con

aquella purga, le hizo tanto bien a ella. que se levantó con un hambre, que se comería una vaca si la tuviera delante.

LUCIO

¿Y...?

MARTÍN

En fin, señor, que como no me podía mover de los retortijones que sentía, me dijo su primo: —Anda tonto, que sois hombre sin corazón; de una triste purguilla estáis que no os tenéis en pie de lo poco que habéis dormido. Entonces señor, cogió a una gallina por el pescuezo, y dicho y hecho, que parece que lo estoy viendo todavía, fue cocinada y se la comieron entre los dos en un santiamén.

LUCIO

Si hubiera estado allí, habríamos sido tres para comer.

MARTÍN

¡Madre mía! Ya me hubiera gustado a mí poder comer, que me hicieron creer que le hacía daño a mi mujer si yo hubiera comido.

LUCIO

Hicisteis bien. ¡Estarás sano de aquí en adelante! Me parece a mí que basta que os curemos.

MARTÍN

Sí, señor; pero no me mande más aquella medicina que con muchas purgas de esas me voy a quedar con la tripa agujereada.

LUCIO

Ahora, pues yo tengo cosas que hacer, id en buena hora y venid mañana que, con un buen remedio que os dé, bastará para que se acabe de curar.

(Se va el doctor. Queda Martín de Villalba y entran su mujer Bárbara y el estudiante.)

ESTUDIANTE

¡Por Dios, señora Bárbara! Veis, ahí viene vuestro marido de casa del doctor y creo que nos ha visto. ¿Qué hacemos..?

BÁRBARA

No te preocupes señor Jerónimo, que yo le engañaré como hago siempre. Le haré creer que vamos a buscar remedios para mi salud.

ESTUDIANTE

¿Y se lo creerá?

BÁRBARA

¡Claro que se lo cree! Poco lo conocéis, si yo le digo que en pleno invierno se vaya a bañar en las aguas más heladas, di-

ciéndole que es cosa que importa mucho a mi salud, aunque sepa que se va a ahogar, se tirará hasta con ropa.

ESTUDIANTE

Bienvenido señor Martín de Villalba, marido de la señora mi prima y el mejor amigo que tengo.

MARTÍN

¡Oh, señor primo de mi mujer! En buena hora vea yo esa cara tan bien puesta. ¿Quién es esa tan bien vestida como si fuera a una boda?

ESTUDIANTE

Déjala. No la toques. Es una moza que lava la ropa en la fuente.

MARTÍN

¿Seguro?

ESTUDIANTE

Sí, de verdad. ¿Por qué te iba yo a decir una cosa por la otra?

MARTÍN

Bien lo creo, no te enfades. ¿Y dónde la llevas?

ESTUDIANTE

Al convento, que le van a dar una oración para la jaqueca.

MARTÍN

¿Te burlas de mí?

ESTUDIANTE

No, por tu vida y por cuanto luce delante de mis ojos.

MARTÍN

Ven en buena hora ¿Necesitas algo?

ESTUDIANTE

Dios te de salud, no ahora.

MARTÍN

Como tú deseas.

BÁRBARA

¡Oh, gran alimaña! ¿Qué todavía no me ha reconocido? Tira, tira.

MARTÍN

¡Eh, eh, primo de mi mujer!

ESTUDIANTE

¿Qué quieres?

MARTÍN

Espera, cuerpo del diablo. Que, si no me falla la vista, es aquella la falda de mi mujer; Sí, esa es. ¿Dónde me la llevas?

BÁRBARA

¡Ah, traidor, Mirad que memoria tiene de mí, que topa con su mujer en la calle y no la conoce!

MARTÍN

Calla, no llores, que me quiebras el corazón; que yo te conoceré, mujer, de aquí en adelante aunque no quieras. Pero dime: ¿A dónde vas? ¿Volverás pronto?

BÁRBARA

Voy a la novena de una Virgen de la que soy muy devota. Volveré.

MARTÍN

¿Y qué es eso de la novena, mujer?

BÁRBARA

¿No lo entendéis, marido? Por novena quiere decir que he de estar encerrada allí nueve días.

El deleitoso. Cornudo y contento

MARTÍN

¿Sin venir a casa, amor mío?

BÁRBARA

Pues... sin ir a casa.

MARTÍN

Maldita sea, burlón, primo de mi mujer, me has asustado.

BÁRBARA

Además, conviene una cosa.

MARTÍN

¿Qué es, corazón mío?

BÁRBARA

Vos tenéis que ayunar los días que yo esté allí, para mayor penitencia.

MARTÍN

Si es solo eso, estoy encantado. Ve en buena hora.

BÁRBARA

Adiós, que os vaya bien.

MARTÍN

Señora mujer, no hace falta que anuncies más tu enfermedad pues ya vas mejorando y a mí me curará el médico.

ESTUDIANTE

Que te vaya bien, hermano Martín de Villalba.

MARTÍN

Ve con Dios. Mira, primo de mi mujer, no dejes de aconsejarla que, si le va bien con las novenas que las haga a decenas, aunque yo ayune un día más por su salud.

ESTUDIANTE

Así lo haré. Ve con Dios.

MARTÍN

Y vaya con Él.

FIN DEL PASO TERCERO

EL CONVIDADO

PASO CUARTO

Muy gracioso, en el que se introducen las siguientes personas,

CAMINANTE
JÁQUIMA
BACHILLER BRAZUELOS

(En escena Caminante solo a la puerta de una casa)

CAMINANTE

Uno de los grandísimos trabajos que el hombre puede recibir en esta miserable vida es el caminar. Pero, aun es peor que le falte el dinero. Digo esto porque se me ha ofrecido un cierto negocio en esta ciudad y en el camino, para más *inri*, me ha faltado el dinero. No me queda más remedio que este: he sabido que vive en este pueblo un licenciado de mi tierra y quiero ver si con una carta que le traigo puedo sacar algún provecho. Esta debe de ser la posada. Voy a llamar ¿Quién estará?

(Aparece el Bachiller tras la puerta)

BACHILLER

¿Quién anda ahí?

CAMINANTE

Si hay alguien ahí, que salga.

BACHILLER

¿Qué quiere?

CAMINANTE

¿Me puede dar razón vuestra merced de un señor Licenciado?

BACHILLER

No señor.

CAMINANTE

Déjeme que le explique, se trata de un hombre bajo cargado de espaldas, con barba negra, natural de Burbáguena.

BACHILLER

No le conozco ¿dígame cómo se llama?

CAMINANTE

Señor, allá se llamaba el licenciado Cabestro.

El deleitoso. El convidado

BACHILLER

Señor, sé de uno que se hace llamar licenciado Jáquima.

CAMINANTE

Señor, ese debe de ser, porque de cabestro a jáquima hay poca diferencia. Llámelo.

BACHILLER

De acuerdo ¡Ah señor licenciado Jáquima!

(Licenciado desde dentro)

LICENCIADO

¿Me llama vuestra merced, señor bachiller Brazuelos?

BACHILLER

Sí, señor. Salga vuestra merced afuera.

LICENCIADO

Le ruego, señor, que me perdone; que ando metido en el estudio y estoy en aquello que dicen: *sicus adversus tempore, et quia bonus tempus est non ponitur illo.*

BACHILLER

Salga, señor, que aquí hay uno de su tierra.

LICENCIADO

¡Oh, válgame Dios! Señor bachiller, ¿ha visto vuestra merced mi bonete?

BACHILLER

Ahí quedó, sobre el libro de Plinio.

LICENCIADO

Y mis pantuflos de gamuza, ¿los ha visto?

BACHILLER

Periquillo los llevó a echar unas suelas porque estaban rotos.

LICENCIADO

Señor bachiller, mi capa ¿la ha visto?

BACHILLER

Ahí la teníamos encima de la cama esta noche, en lugar de la manta.

LICENCIADO

Ya la he encontrado ¿Qué es lo que manda vuestra merced?

BACHILLER

Por fin, ya sale, al cabo de dos horas que le estoy llamando. Este señor le busca, que dice que es de su tierra.

(Entra el licenciado)

LICENCIADO

¿De mi tierra? Será, si él lo dice.

CAMINANTE

¿No me conoce vuestra merced, señor licenciado?

LICENCIADO

La verdad es que no le conozco, pero encantado de conocerle.

CAMINANTE

Íbamos juntos a la escuela y hacíamos aquella farsa de los gigantillos.

LICENCIADO

¡Ah sí, ya caigo! ¿Es vuestra merced hijo del tripero?

CAMINANTE

Que no, señor. ¿No se acuerda vuestra merced que mi madre y la suya vendían rábanos y coles allá en el arrabal de Santiago?

LICENCIADO

¿Rábanos y coles? Rasos y colchones quiso decir vuestra merced.

CAMINANTE

Sea lo que sea; pero ¿seguro que no me conoce?

LICENCIADO

Ya, ya caigo en la cuenta, ¿no es vuestra merced el muchacho que me hizo la capa cuando me licencié, aquel bellaquillo, aquel de las calzas coloradas?

CAMINANTE

Sí, señor, ese soy.

LICENCIADO

¡Oh, señor Juan Gómez! Señor bachiller, una silla. Periquillo, rapaz, una silla.

CAMINANTE

Que no es menester, señor.

LICENCIADO

¡Oh, señor Juan Gómez, abráceme! ¿Y le dio alguna cosa que me trajese mi madre?

CAMINANTE

Si, señoría.

LICENCIADO

Abrácame, señor Juan Gómez. ¿Qué es lo que le dio? ¿Es cosa de importancia?

CAMINANTE

¡Pues no!

LICENCIADO

¡Oh, señor Juan Gómez!; Bienvenido sea. Muestre lo que es.

CAMINANTE

Pues una carta, señor, que me rogó que trajese.

LICENCIADO

¿Carta, señor? ¿Y le dio algunos dineros mi señora madre?

CAMINANTE

No, señor.

LICENCIADO

Pues ¿para qué quería yo carta sin dinero? Ahora, señor Juan Gómez, hágame la merced de venirse a comer con nosotros.

CAMINANTE

Señor, se lo agradezco de corazón, pero dejé encargada la comida en la posada.

LICENCIADO

Venga, hombre, hágame este favor.

CAMINANTE

Señor, por no hacer un desprecio, comeré con vuestra merced y de camino me traeré la carta, que dejé al cuidado del mesonero.

LICENCIADO

Pues vaya, vaya... vaya a por la carta.

CAMINANTE

Beso sus manos.

(Se va el Caminante)

LICENCIADO

¿Qué le parece, señor bachiller Brazuelos, este convidado nuestro?

BACHILLER

Muy bien, señor.

LICENCIADO

A mí no, señor. Me parece muy mal.

BACHILLER

¿Por qué, señor?

LICENCIADO

Porque yo, para convidarle, ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa que sea de comer y, por lo tanto, querría suplicar a vuestra merced que vuestra merced me hiciera merced de hacerme merced, pues... pues estas mercedes se juntan con esas otras mercedes que vuestra merced suele hacer... Me hiciese merced de prestarme dos reales.

BACHILLER

¿Dos reales, señor licenciado? ¿Pues sí que tiene vuestra merced ganas de broma? ¿Sabe vuestra merced que traigo este trapo en la cabeza por estar mi sombrero empeñado por seis dineros de vino en la taberna, y me pide dos reales?

LICENCIADO

¿Pues no me daría vuestra merced una merced de pensar una burla en que mandásemos a este convidado con todos los diablos?

BACHILLER

¿Burla dice? Déjeme a mí; yo le haré una que vaya diciendo que vuestra merced es muy honrado y muy cumplido con todos.

LICENCIADO

¿Ah, sí? ¿Cómo lo hará vuestra merced?

BACHILLER

Mire vuestra merced: él ha de venir ahora a comer; vuestra merced se meterá debajo de esta manta, y cuando venga luego preguntara: ¿qué hay del señor licenciado? Yo le diré: El señor arzobispo le ha mandado llamar con un encargo, se trataba de un asunto urgente y no se pudo hacer otra cosa.

LICENCIADO

¡Oh, qué bien lo dice vuestra merced! Pues mire que pienso que es él que llama.

CAMINANTE

¡Buenas...! ¿Hay alguien?

BACHILLER

¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

(El Caminante llama a la puerta y entra en escena)

El deleitoso. El convidado

CAMINANTE

¿Está en casa el señor licenciado?

BACHILLER

¿A quién busca?

CAMINANTE

Al señor licenciado Jáquima.

BACHILLER

Vuestra merced vendrá a comer... ¿Pienso bien?

CAMINANTE

No vengo por cierto, señor.

BACHILLER

¡No se haga vuestra merced de rogar!

CAMINANTE

No me hago de rogar, de verdad.

BACHILLER

No lo niegue vuestra merced; que para decir que viene a comer ¿es menester tanta retórica?

CAMINANTE

Verdad es que venía a comer; que el señor licenciado me había convidado.

BACHILLER

Pues le certifico que vuestra merced tiene muy mal recado, porque en casa no hay blanca, ni bocado de pan para convidarle.

CAMINANTE

Pues yo no creo que el señor licenciado se burlara de mí.

BACHILLER

¿Que no me cree vuestra merced? Pues sepa que de pura vergüenza está puesto debajo aquella manta.

CAMINANTE

No lo creo, a no ser que lo vea con mis propios ojos.

BACHILLER

¿Qué no? Pues mire vuestra merced cómo está ahí arrodillado.

CAMINANTE

¡Jesús, Jesús, señor licenciado! ¿Para mí era menester tanto negocio?

LICENCIADO

Juro a diez que ha sido muy bellaquísimamente hecho.

BACHILLER

No ha estado muy bien.

LICENCIADO

Eso es de muy grandísimos bellacos. Que si yo me escondí, vos me lo mandasteis.

BACHILLER

No se hubiera escondido vuestra merced.

LICENCIADO

No me lo hubieseis mandado, y agradéceselo al señor de mi tierra, don Bachillerejo de nada.

BACHILLER

¿De nada? Aguarde.

CAMINANTE

¡Id con todos los diablos! Allá os las apañéis los unos y los otros.

FIN DEL PASO CUARTO



Baúl, bolsas, capas, ropas...attrezzo



Félix como Juan Timoneda



Nuestra compañía al completo. ¡Gracias, chicos!

SEMANA DEL TEATRO ESCOLAR. MAYO 2015



Nuestro duende, Ikram, encargándose del vestuario.



Juan Carlos entre bastidores.



La tierra de Jauja. Paco, Paula y Claudia nos hacen reír hablando de la tierra donde pagan a los hombres por dormir.

LA TIERRA DE JAUJA

PASO QUINTO

Muy gracioso, en el cual se introducen las personas siguientes,

HONZIGERA, ladrón

PANARIZO, ladrón

MENDRUGO, simple.

(En una calle. Honzigeria solo)

HONZIGERA

Anda, anda, hermano Panarizo, no te quedes rezagado, que ahora es el momento de tender nuestras redes, que la gente está descansando y las espadas descuidadas. ¡Ah, Panarizo!

(Entra Panarizo)

PANARIZO

¿Qué diablos quieres? ¿Se puede gritar más? ¿Me dejaste empeñado en la taberna y ahora me quiebras la cabeza?

HONZIGERA

¿Por dos cochinas perras que debíamos quedaste empeda-
ñado?

PANARIZO

Pues ¿si no las tenía?

HONZIGERA

Si no las tenías, ¿qué hiciste?

PANARIZO

¿Y qué tenía que hacer, sino dejar la espada?

HONZIGERA

¿La espada?

PANARIZO

La espada.

HONZIGERA

¿La espada dejaste sabiendo a lo que vamos?

PANARIZO

Mira, hermano Honzigeria, prepara la comida; que yo
vengo muerto de hambre.

HONZIGERA

Yo mucho más. Por eso, hermano Panarizo, estoy aguardando aquí a un villano que lleva de comer a su mujer, que la tiene presa, una cazuela de manjares y le contaremos aquellos cuentecillos de la tierra de Jauja y él se quedará embelesado y podremos ponernos las botas.

(Entra Mendrugo, tonto, cantando)

MENDRUGO

Mala noche me distes,
María de Rión,
Del bimbilindrón, dron, dron.

PANARIZO

¡Hola! ¿Podemos hablar?

MENDRUGO

Sí, señor; ya estoy acabando. Espere:
Mala noche me distes,
Dios os la de peor,
Del bimbilindrón, dron, dron.

HONZIGERA

¡Hola, compañero!

MENDRUGO

¿Habláis conmigo o con ella?

HONZIGERA

¿Quién es ella?

MENDRUGO

Una que está... así..., redonda..., con sus dos asas y abierta por arriba.

PANARIZO

La verdad, no hay quien entienda lo que dices.

MENDRUGO

¿Os rendís?

PANARIZO

Pues sí.

MENDRUGO

Cazuela.

HONZIGERA

¿Lleváis cazuela?

MENDRUGO

¡Qué no!, ¡malditos! ¡Qué ladronzuelos!

PANARIZO

Pues decidnos dónde vais.

MENDRUGO

Voy a la cárcel, para lo que necesitéis.

PANARIZO

¡A la cárcel! ¿A qué?

MENDRUGO

Tengo a mi mujer presa.

HONZIGERA

¿Y por qué?

MENDRUGO

Pues dicen las malas lenguas que por alcahueta.

PANARIZO

Y decidme, ¿vuestra mujer no tiene nada a su favor?

MENDRUGO

Sí; tiene donde agarrarse y se hará justicia. Y ahora han ordenado entre todos que le den a mi mujer un obispado porque es mujer de bien y mujer que lo puede llevar.

HONZIGERA

¿Obispado?

MENDRUGO

Sí, obispado, y han pedido a Dios que ella lo sepa regir bien; que según dicen, de esta nos hacemos ricos. Diga, señor: ¿sabe usted qué dan en estos obispados?

PANARIZO

¿Sabes qué dan? Mucha miel, mucho zapato viejo, mucha pelusa y pluma y berenjena.

MENDRUGO

¡Válgame Dios! ¿Todo eso dan? Ya deseo a mi bella obis-pesa.

HONZIGERA

¿Para qué?

MENDRUGO

Para ser yo el obispeso.

PANARIZO

Mucho mejor sería que la hiciesen obispa de la tierra de Jauja.

MENDRUGO

¿Cómo? ¿Qué tierra es esa?

HONZIGERA

Una tierra estupenda, donde pagan a los hombres por dormir.

MENDRUGO

¿Me lo juras?

PANARIZO

Sí, de verdad.

HONZIGERA

Ven acá, siéntate un poco; que te vamos a contar las maravillas de la tierra de Jauja.

MENDRUGO

¿De dónde?

El deleitoso. La tierra de Jauja

PANARIZO

De la tierra donde azotan a los hombres si trabajan.

MENDRUGO

¡Oh! ¡Qué buena tierra! Cuéntame las maravillas de esa tierra, por favor.

HONZIGERA

¡Sí! Ven aquí. Siéntate aquí en medio de los dos. Mira...

MENDRUGO

Ya miro, señor.

HONZIGERA

Mira: en la tierra de Jauja hay un río de miel y junto a él, otro de leche, y entre río y río hay una fuente de mantequilla encadenada de requesones que caen en el río de la miel, que parece que están diciendo: "Comedme, comedme".

MENDRUGO

Pero, por Dios, no haría falta que me tentasen tantas veces.

PANARIZO

Escucha, necio.

MENDRUGO

Ya escucho.

PANARIZO

Mira: en la tierra de Jauja hay unos árboles cuyos troncos son de tocino.

MENDRUGO

¡Oh! ¡Benditos árboles! Dios os bendiga.

PANARIZO

Y las hojas son hojuelas, y el fruto de estos árboles son buñuelos, y caen en el río de la miel, que ellos mismos están diciendo: “mascadme, mascadme”.

HONZIGERA

Ven aquí otra vez.

MENDRUGO

Ya voy.

HONZIGERA

Mira: en la tierra de Jauja las calles están empedradas con yemas de huevos, y entre yema y yema, un pastel con lonchas de tocino.

MENDRUGO

¿Y asadas?

HONZIGERA

Asadas, que ellas mismas dicen: “tragadme, tragadme”

MENDRUGO

Ya parece que las trago.

PANARIZO

Entiende, bobo.

MENDRUGO

Diga, que ya entiendo.

PANARIZO

Mira: en la tierra de Jauja hay unos asadores de trescientos pasos de largo, con muchas gallinas y capones, perdices y conejos.

MENDRUGO

¡Oh! ¡Cómo me gustan esos!

PANARIZO

Y junto a cada ave, un cuchillo aunque no es necesario cortar, que ellas mismas dicen: “engullidme, engullidme”.

MENDRUGO

¿Qué? ¿Las aves hablan?

HONZIGERA

Óyeme.

MENDRUGO

Que ya oigo, pobre de mí. Estaría todo el día oyendo cosas de comer.

HONZIGERA

Mira: en la tierra de Jauja hay muchas cajas de confitura, mucha calabaza en dulce, mucho cabello de ángel, muchos mazapanes y muchos confites.

MENDRUGO

Dígalo más despacio, señor.

HONZIGERA

Hay unas fuentes de vino que él mismo está diciendo: “bebedme, comedme, bebedme, comedme”.

PANARIZO

Tenlo en cuenta.

MENDRUGO

Lo tengo tanto en cuenta, señor, que parece que como y bebo.

PANARIZO

Mira: en la tierra de Jauja hay muchas cazuelas con arroz, huevos y queso.

MENDRUGO

¿Cómo esta que yo traigo?

PANARIZO

Que venía llena... ¡Y que se lleve el diablo lo que queda!
(Honzigera y Panarizo salen corriendo)

MENDRUGO

¡Demonios, qué barbaridad! ¿Y quiénes son estos? ¿Los cuentistas de la tierra de Jauja? Así os piquen cincuenta vencejos: ¿y que ha sido de mi cazuela? ¡Oh! ¡Válgame el de las patas largas! Si había tanto que comer en su tierra, ¿por qué comían de mi cazuela? Pues me juro a mí mismo, y juro de veras, que voy a ofrecer una recompensa al que me los traiga.

FIN DEL PASO QUINTO

PAGAR O NO PAGAR

PASO SEXTO

En el cual se introducen las personas siguientes, de Lope de Rueda.

BREZANO, hidalgo
CEVADÓN, simple
SAMUEL, ladrón.

(En escena Brezano solo)

BREZANO

Mira, ¿no es raro que a un hidalgo como yo se le haya hecho semejante ofensa? Y es que el casero de esta casa en la que vivo me ha pedido el alquiler como doscientas veces. He decidido llamar a Cevadón, mi criado, y darle el dinero para que se los lleve. ¡Dónde andas, Cevadón, sal acá!

(Sale Cevadón)

CEVADÓN

Señor, ¡ah, señor!, ¿llama vuestra merced?

BREZANO

Sí, señor; yo llamo.

CEVADÓN

Ya decía yo que me llamaba.

BREZANO

¿Qué te hizo pensar que te llamaba?

CEVADÓN

¿Qué que qué? Pues porque dijo mi nombre.

BREZANO

Ven acá. ¿Conoces...?

CEVADÓN

Sí, señor; ya conuzco.

BREZANO

¿Qué conoces?

CEVADÓN

Ese..., él..., este..., el que dijo vuestra merced.

El deleitoso. Pagar o no pagar

BREZANO

¿Qué dije?

CEVADÓN

Ya no se macuerda.

BREZANO

Dejémonos de burlas. Dime si conoces al casero de esta casa.

CEVADÓN

Sí, señor; muy bien lo conuzco.

BREZANO

¿Dónde vive?

CEVADÓN

En su casa.

BREZANO

¿Dónde está su casa?

CEVADÓN

Mire vuestra merced: eche por esta calle derecha y vuelva por esa otra a mano izquierda, y junto la casa, frente a la casa, de aquella otra casa más arriba, está un poyo a la puerta.

BREZANO

No me entiendes, asno; solo te pregunto si conoces al casero.

CEVADÓN

Que sí, señor; muy rebién.

BERZANO

¿Dónde vive?

CEVADÓN

Mire vuestra merced: váyase derecho a la iglesia y éntrese por ella, y salga por la puerta de la iglesia, y deje la iglesia y de una vuelta alrededor de la iglesia, y deje la iglesia y tome una callejuela, la callejuela enfrente de la callejuela, la otra callejuela más arriba.

BREZANO

Ya veo que sabes.

CEVADÓN

Sí, señor, demasiadamente sé.

BREZANO

Toma estos quince reales y llévaselos. Y dile de mi parte que ha sido un tanto ruín al pedírmelo tantas veces, y que digo

yo que me haga el favor de no portarse tan mal conmigo. Fíjate en que el casero tiene un parche en el ojo y una pierna arrastrando. Y que antes de pagar te dé un recibo.

CEVADÓN

Qué antes de darle el dinero, le tengo que dar un recibo. ¿No?

BREZANO

Que no, asno: él recibo te lo tiene que dar él a ti.

CEVADÓN

Ya, ya: él a mí. Yo lo haré muy bienísimamente.
(*Entra un ladrón*)

SAMADEL

Según me han dicho, por aquí ha de venir un mozo con un dinero que tiene de dar a un mercader. Yo le voy a hacer creer que soy el mercader y cogerle el dinero, que bien creo que será bueno para echar una partida. Ta, ta... quiero disimular... que por aquí viene.

BREZANO

Mira, diablillo, que no te equivoques.

CEVADÓN

Que yo sé hacerlo, ¡válgame Dios!

SAMADEL

Hola, muchacho ¡Ya era hora que trajeses el dinero...!

CEVADÓN

¿Es vuestra merced el que los tiene que recibir?

SAMADEL

Sí señor, incluso el que tendría que tenerlos ya en la bolsa.

CEVADÓN

Me dijo mi amo que se lo diese a vuestra merced. Tome vuestra merced quince reales.

SAMADEL

Sí, son quince, trae acá.

CEVADÓN

Tome. ¡Aguarde vuestra merced!

SAMADEL

¿Qué tengo que aguardar?

El deleitoso. Pagar o no pagar

CEVADÓN

¿Cómo que qué? Las señas.

SAMADEL

¿Qué señas?

CEVADÓN

Dijo mi amo que vuestra merced tiene un parche en el ojo
y una pierna arrastrando.

SAMADEL

Si no es más que eso, mira aquí el parche.

CEVADÓN

Habrase visto ¿Decir que eso es un parche?

SAMADEL

Pues claro que sí.

CEVADÓN

Pues claro que no.

SAMADEL

Pues claro que sí, aunque no te guste.

CEVADÓN

No quiero disgustos, señor; sea como dice vuestra merced. Si dice que es parche, parche es, válgame Dios. Es que, como trae vuestra merced bajado el sombrerillo, no había visto el parche.

SAMADEL

Venga. Dame acá esos dineros.

CEVADÓN

Tome vuestra merced.

SAMADEL

Vengan.

CEVADÓN

¡Aguarde!

SAMADEL

¿Qué tengo que aguardar?

CEVADÓN

La pierna arrastrando, ¿Qué ha sido de ella?

El deleitoso. Pagar o no pagar

SAMADEL

¿La pierna? Aquí está.

CEVADÓN

Tome vuestra merced los dineros.

SAMADEL

¡Vengan!

CEVADÓN

¡Aguarde!

SAMADEL

¡Ay pecador de mí! ¿Qué quieres que aguarde?

CEVADÓN

¿Qué tengo que aguardar? La carta de pago.

SAMADEL

Pues aquí la tienes. Toma, bobo, que la verdad es que hace veinte años que está escrita, y le dices a tu amo que digo yo que es un grandísimo bellaco.

CEVADÓN

¿Qué le diga yo a mi amo que vuestra merced es un grandísimo bellaco?

SAMADEL

¡Que no! Soy yo el que se lo digo a él y dile también que lo ha hecho ruinmente.

CEVADÓN

¡Bueno está, bueno está...! Eso de ruin se lo tengo que decir yo a vuestra merced, que mi amo me dijo que se lo dijese. Queda dicho.

SAMADEL

Bien está. Vete con Dios.

CEVADÓN

Vaya vuestra merced. Me tiene mosca el parche que lleva. Miedo me da que me haya engañado.

BREZANO

¡Hola Cevadón! ¿Cómo ha ido?

CEVADÓN

Todo bien. Asunto zanjado. Traigo la carta de pago y todo hecho como mandó vuesa merced.

BREZANO

¿Le miraste bien? ¿Viste si tenía parche?

CEVADÓN

Sí, señor. Un pedazo de parche tenía tan grande como mi sombrero.

BREZANO

¿Lo viste tú? ¿Lo viste?

CEVADÓN

No señor, pero él me dijo que lo traía.

BREZANO

¿Y te has fiado de su palabra?

CEVADÓN

Sí, señor, no me iba mentir. ¿Quién iba condenar su alma al infierno por un parche o por quince reales?

BREZANO

Venga, que seguro que lo has hecho bien. ¿Cojeaba?

CEVADÓN

Sí, señor, cuando le di los dineros, arrastraba la pierna; pero cuando los cogió iba más derecho que un pino.

BREZANO

Basta ya. Veamos esa carta.

CEVADÓN

Tome, señor.

BREZANO

“Señor hermano”.

CEVADÓN

¿Dice ahí “señor hermano”?

BREZANO

Sí que dice “señor hermano”.

CEVADÓN

Debe ser hermano del que recibió los dineros.

BREZANO

Así será... “las libras de azafrán”.

CEVADÓN

¿Ahí dice “libras de azafrán”?

BREZANO

Sí, eso dice.

CEVADÓN

¿Las “libras de azafrán”? Sé que yo no he traído a vuestra merced azafrán.

BREZANO

A mí no.

CEVADÓN

¿Y por qué dice “azafrán”?

BREZANO

¡Tú no ves que te ha engañado? ¿Qué te ha dado la lista de la compra en lugar de un recibo?

CEVADÓN

¿Lista de qué?

BREZANO

Lista de la compra.

CEVADÓN

¡Mecachis! Si eso es verdad, ha sido un sinvergüecísimo.

BREZANO

¿Y ahora qué hacemos?

CEVADÓN

Yo le diré qué hacer. Agarramos un palo cada uno. Vamos calle abajo vuestra merced y yo. Primero vuestra merced y yo detrás, guardándole las espaldas y, con un poco de suerte, lo encontramos, cobramos nuestro dinero y si no paga, que me sirva de criado.

BREZANO

¿Cómo servirte de criado?

CEVADÓN

Pues ¿cómo va a ser, señor? Yo me pongo a chulearme con él, como él lo hizo conmigo, que se llevó el dinero sin parche, ni pierna arrastrando ni nada. Y en esto, vuestra merced, le descarga la paliza.

BREZANO

Pues venga, vamos.

CEVADÓN

Vamos.

(Vuelve el ladrón)

SAMADEL

Bien dicen que lo que se gana fácil se va fácil. Digo esto porque los dineros que le cogí al criado tontorrón, la mitad se fueron en una deudilla que tenía y la otra mitad se quedaron en un bodegón. Me han dicho que amo y criado vienen en mi busca. No me queda más remedio que fingir que soy extranjero.

BREZANO

Fíjate bien a ver si lo reconoces.

CEVADÓN

Descuide, señor, que yo lo conozco muy requetebién. Véngase aquí tras de mí.

BREZANO

Anda.

CEVADÓN

¡Señor, señor!

BREZANO

¿Qué?

CEVADÓN

¡A por él, a por él!... es el del sombrero.

El deleitoso. Pagar o no pagar

BREZANO

Fíjate que sea él.

CEVADÓN

Que sí, señor; este me quitó el dinero.

BREZANO

¡Shiss! Háblale.

CEVADÓN

¡Hombre de bien!

SAMADEL

¡La mare quius va a parir!

CEVADÓN

No habla cristianamente, señor.

BREZANO

Veamos en qué lengua habla.

SAMADEL

La teva mare es molt ben conoçida per todos los burdeles.

El deleitoso. Pagar o no pagar

BREZANO

¿Qué dice?

CEVADÓN

Que se ha comido todos los pasteles.

SAMADEL

No fet yo aixó tan feu.

BREZANO

¿Qué es lo que dice?

CEVADÓN

Que los pagará aunque se tire un *peu*.

SAMADEL

¿Qué he de pagar?

CEVADÓN

Los dineros que me has querido robar.

SAMADEL

Toma una castaña para vos, villano.

El deleitoso. Pagar o no pagar

CEVADÓN

Pues tomad vos otra, ladrón, tacaño.

BREZANO

¡Eso sí, dale, dale!

CEVADÓN

Espera, espera.

FIN DEL PASO SEXTO

LAS ACEITUNAS

PASO SÉPTIMO

Muy gracioso, en el cual se introducen las personas siguientes. Compuesto por Lope de Rueda.

TORUVIO, viejo y simple.

ÁGUEDA DE TORUÉGANO, su mujer.

MENCIGÜELA, su hija.

ALOJA, vecino.

(En escena Toruvio solo)

TORUVIO

¡Válgame Dios qué tormenta ha hecho desde el resquebrajo del monte hasta aquí, que parecía que el cielo se hundía y las nubes se venían abajo! Y ahora: ¿qué tendrá hecho de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate! —¿Lo escuchas? ¡Muchacha! ¡Mencigüela! Si todos duermen en esta casa —¡Águeda de Toruégano! ¿Me escuchas?

(Entra Mencigüela)

MENCIGÜELA

¡Jesús, padre! ¡Cómo gritas!

TORUVIO

¡Mira qué boquita tiene la niña! ¿Dónde está tu madre?

MENCIGÜELA

En casa de la vecina, que ha ido a ayudarla a tejer unas madejillas.

TORUVIO

¡Malas madejillas vengan a por ella y a por ti! Ve a llamarla.

(Entra Águeda)

ÁGUEDA

Ya, ya... dando voces como para guardar un secreto. Que porque viene de hacer una mísera carga de leña no hay quien le chiste.

TORUVIO

Sí; ¿mísera te parece? Juro al cielo que éramos tu ahijado y yo y no podíamos cargarla.

ÁGUEDA

Ya, en hora mala sea ¡y qué mojado vienes!

TORUVIO

Vengo hecho una sopa. Mujer, por piedad dame algo de cenar.

ÁGUEDA

¿Yo qué te tengo que dar, si no hay nada?

MENCIGÜELA

¡Jesús, que mojada viene la leña!

TORUVIO

Sí, luego tu madre dirá que es el rocío.

ÁGUEDA

Corre muchacha, hazle a tu padre unos huevos para cenar y luego ábrele la cama. Marido, seguro que no te has acordado de plantar ese renuevo de aceitunas que te pedí.

(Sale Mencigüela)

TORUVIO

¿Y por qué crees que me he retrasado?

ÁGUEDA

¿Ah sí? ¿Y dónde lo has plantado?

TORUVIO

Allí, junto a la higuera breval, donde, si te acuerdas, te di un beso.

(Entra Mencigüela)

MENCIGÜELA

Padre ya puedes entrar a cenar que está todo preparado.

ÁGUEDA

Marido, ¿sabes que he pensado? Que el renuevo de aceitunas que has plantado, que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y que poniendo una planta aquí y otra allí, dentro de veinticinco o treinta años, tendrás un olivar hecho y derecho.

TORUVIO

Llevas razón en eso, mujer.

ÁGUEDA

Mira ¿sabes que he pensado? Que yo cogeré las aceitunas, que tú las acarrearás con el borrico y que Mencigüela las venderá en la plaza. Y muchacha, que no me vendas el celemín a menos de dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? No ves que es un cargo de conciencia y que lo tomarán por un robo. Basta pedir catorce o quince dineros por celemín.

ÁGUEDA

Calla, que es un olivar de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta con lo que he dicho.

ÁGUEDA

Ahora no me marees. Mira muchacha que te mando que no vendas el celemín a menos de dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? Ven aquí muchacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como quieras, padre.

TORUVIO

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA

Así lo haré, padre.

ÁGUEDA

¿Cómo “así lo haré, padre”? Ven aquí muchacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como mandes, madre.

ÁGUEDA

A dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? Yo te prometo que como no hagas lo que te mando te daré doscientos correazos. ¿A cómo lo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como mandes, padre.

TORUVIO

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA

Así lo haré, padre.

ÁGUEDA

¿Cómo “así lo haré, padre”? Toma, toma. Haz lo que te digo.

TORUVIO

Deja a la muchacha.

MENCIGÜELA

¡Ay, madre; ay, padre, que me matan!

(Entra Alojja)

ALOJA

¿Qué pasa vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la muchacha?

ÁGUEDA

¡Ay, señor! Este mal hombre que quiere dar las cosas a menos precio del que son y quiere echar a perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO

Yo juro por los huesos de mi linaje que no son aún ni como piñones.

ÁGUEDA

Sí son.

TORUVIO

No son.

ALOJA

Ahora, señora hacedme el favor de entrar, que yo lo averiguare todo.

ÁGUEDA

Averígüelo o riñale.

(Sale Águeda)

ALOJA

Vecino, ¿qué pasa con las aceitunas? Sáquelas aquí afuera que yo las compraré aunque sean veinte fanegas.

TORUVIO

Que no, que no es lo que piensa, que las aceitunas no están aquí, sino en la finca.

ALOJA

Pues tráigalas, que yo las compraré a su precio justo.

MECIGÜELA

A dos reales el celemín, quiere mi madre.

ALOJA

Muy caro es eso.

TORUVIO

¿No le parece a usted?

MENCIGÜELA

Y mi padre a quince dineros.

ALOJA

A ver una muestra de esas aceitunas.

TORUVIO

¡Válgame Dios, señor! Que usted no se quiere enterar. Hoy yo he plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará de cuatro a cinco fanegas de aceitunas, y que ella las recogería, yo las acarrearía y que la muchacha las vendería en la plaza, y que a tuerto o a derecho había que pedir a dos reales castellanos el celemín; yo que no y ella que sí, y sobre esto ha sido la cuestión.

ALOJA

¡Oh que graciosa pelea! nunca he visto tal cosa. Las aceitunas no están plantadas y ya ha recibido palos la muchacha por cosecha.

MENCIGÜELA

¿Qué le parece, señor?

TORUVIO

No llores, hija. La muchacha, señor, es un tesoro. Ahora, hija, ve y ponme la mesa que yo te prometo hacerte un regalo con las primeras aceitunas que se vendan.

ALOJA

Ahora, vecino entre y tenga paz con tu mujer,

TORUVIO

Adiós, señor.

ALOJA

¡Qué cosas vemos en esta vida que ponen en espanto! Las aceitunas no están plantadas y ya han provocado una pelea. Mejor será que me vaya a mi casa.

FIN DEL PASO SÉPTIMO

LOS LACAYOS LADRONES

PASO OCTAVO

Paso muy gracioso, ahora nuevamente compuesto por Lope de Rueda. Se introducen en él las siguientes personas.

MADRIGALEJO, lacayo, ladrón.

MOLINA, lacayo.

ALGUACIL.

Paje.

(En escena Madrigalejo y Molina)

MADRIGALEJO

Reniego de todos los demonios, de sus primos, de todos los canallas que reman en la barca de Caronte. Como pille al que ha dicho semejante embuste me hago de su pellejo una cartera.

MOLINA

Estuvo feo eso que dijeron, señor Madrigalejo.

MADRIGALEJO

¿No le parece a usted? ¿Cómo se llama, por cierto?

MOLINA

Señor, Molina, para servirle.

MADRIGALEJO.

¿Está bien que se diga eso de mí? ¿Soy yo hombre al que le falten cuatro perras estando entre amigos? ¿Soy yo persona que meta la mano en la bolsa de otro?

MOLINA

¡Por Dios, señor! Yo no creo eso, y bien que me dio pena cuando vi que le trataban mal y que iban todos contra usted.

MADRIGALEJO

¿Y de dónde es usted?

MOLINA

Señor, de Granada.

MADRIGALEJO

Ahí tuve yo una gran pasión...

MOLINA

¿Y con quién, señor?

MADRIGALEJO

Ni más ni menos que con la justicia

MOLINA

¿Y cuánto hace de eso?

MADRIGALEJO

Ahora hace cinco años.

MOLINA

Ya... Ya, ya me acuerdo. Es verdad que allí la justicia le lió a usted una buena.

MADRIGALEJO

Ya sé por dónde va.

MOLINA

Sí, sí. Cuando dijeron las malas lenguas que le habían encontrado a usted por los tejados de la casa del cura.

MADRIGALEJO

Tiene razón. Pero ¡qué más da! Si llegan a saber a lo que iba, me ahorcan directamente.

MOLINA

Decían que le habían pillado con un tapiz y una capa bordada de un lacayo del dueño de la casa.

MADRIGALEJO

Y es verdad. Como no di con él para matarle, le robe lo que pude por venganza.

MOLINA

Ya, ya. Por eso decía el pregonero: “a este hombre por ladrón”.

MADRIGALEJO

Y no habrá visto a nadie en toda su vida con más presencia y mejor ánimo que yo sobre el asno en el que me llevaban. Y eso que no he tenido peor enemigo que el verdugo.

MOLINA

Y que es verdad.

MADRIGALEJO

Tanto se ensañó con mis espaldas que más de una vez estuve por descabalgar y echarme a correr.

MOLINA

Y ¿por qué no lo hizo?

MADRIGALEJO

¿Cómo que por qué no lo hice? Porque iba atado, pobre de mí.

MOLINA

Yo aún no entiendo como no se murió en aquella ocasión, según llevaba las espaldas.

MADRIGALEJO

¡En semejantes refriegas se ha visto este pobre Madrigalejo!

MOLINA

Es verdad, que me contaron que ya le habían azotado dos veces, a cien azotes por vez.

MADRIGALEJO

¡Juro a tal que es la mayor mentira del mundo, y que el bellaco que la inventó la va a tener que desmentir en mi cara y ha de reconocer que miente como un grandísimo miserable!

MOLINA

¿Pues no le pasó eso en Granada?

MADRIGALEJO

Así es. Y en Burgo de Osma otra vez. Pero, otras dos veces... El que diga eso, que se venga con espada y capa. Veamos

si me lo dice a la cara. Y el que diga que me dieron cien azotes también miente.

MOLINA

Pero, ¿cómo? si lo vimos todos.

MADRIGALEJO

¿Contaron vuestras mercedes los azotes que me dieron?

MOLINA

¿Para qué íbamos a contar?

MADRIGALEJO

Pues dígame, veinticinco paradas, a cuatro azotes por parada ¿Cuántos azotes son?

MOLINA

Cien.

MADRIGALEJO

Pues ¡voto a tal, que no había vez que no diese un salto, o curvase la espalda, de modo que cumplierse la pena y me escapase del azote. En cien, lo menos me escape quince veces.

MOLINA

Sin duda es como vuestra merced dice.

MADRIGALEJO

¿Cómo se puede decir de verdad que me dieron cien azotes, si faltan lo menos veinte? Es como si a uno le ofende porque le llamen cornudo, si no es consentidor; eso solo muestra la naturaleza de la mujer.

MOLINA

Tenéis razón.

MADRIGALEJO

Pues ya me dirás cómo me voy a ofender yo porque me azoten contra mi voluntad y a la fuerza. Pero, disimulemos; que viene por allí un paje con el alguacil. A ver si va a confundir este hatillo con otra cosa. Ayúdeme vuestra merced y diga que me conoce.

MOLINA

Cuenta con ello. Pierda cuidado.

(Entran un paje y el alguacil)

PAJE

Señor, ¿aquel del gorro es el ladrón?

ALGUACIL

¿Qué hace usted aquí, buen hombre?

MADRIGALEJO

Señor, estoy con este amigo que es compañero y de mi tierra.

ALGUACIL

¿Compañero?

MOLINA

Sí, señor.

ALGUACIL

¡Ladrones es lo que sois!

MADRIGALEJO

Hace más de tres meses que no robamos nada.

ALGUACIL

Vamos, que robabais.

MADRIGALEJO

Vuestra merced lo ha dicho, no nosotros.

ALGUACIL

Y, ¿de dónde sois?

MADRIGALEJO

(Di que de Salamanca).

MOLINA

De Salamanca somos, señor.

MADRIGALEJO

Hijos y vecinos de Salamanca.

ALGUACIL

Y ¿a qué habéis venido por aquí?

MADRIGALEJO

(Di que a ver la tierra.)

MOLINA

A ver la tierra, señor.

MADRIGALEJO

Sí, sí, señor, a ver la tierra.

ALGUACIL

¿De qué vivís?

MADRIGALEJO

Señor, somos oficiales.

ALGUACIL

¿De qué oficio?

MADRIGALEJO

(Di que sastres.)

MOLINA

Somos sastres, señor.

MADRIGALEJO

Sí, señor, somos maestros de tijera.

(Gesticula para que se entienda en doble sentido de la palabra "tijera" en el texto: dedos que se usan para robar y sastre.)

ALGUACIL

¿Lo juráis?

MADRIGALEJO

¡Jesús, señor, sí, cierto!

ALGUACIL

Y ¿qué hay del libro que sacasteis hace un rato del bolsillo de este mozo?

MADRIGALEJO

¡Yo libro! que me registren.

ALGUACIL

¡Espera! ¿Qué es esto? ¡Si no tiene orejas!

MADRIGALEJO

Ni las necesito, señor.

ALGUACIL

¿Por qué?

MADRIGALEJO

Porque me las quitaron.

ALGUACIL

¿Dónde os las quitaron?

MADRIGALEJO

Señor, en la toma de San Quintín. Peleando. De una cuchillada me quitaron ambas.

ALGUACIL

¿Ambas de una cuchillada?

MADRIGALEJO

Y cincuenta que hubiera tenido me habrían quitado, según estaba todo de revuelto.

ALGUACIL

Aquí hay gato encerrado.

MADRIGALEJO

No, señor, que aquí tengo las pruebas de lo que cuento.

ALGUACIL

A ver esas pruebas.

MADRIGALEJO

Tome, señor. (Señor Molina, hágame el favor de venirse a la iglesia de Santa María; que repartamos la bolsa que extirpamos a la frutera).

ALGUACIL

¿Cirujano de bolsas? Tenedlo bien. Y a ese también. Registrad debajo de la capa.

PAJE

Parece un hatillo de ropa.

ALGUACIL

Muestra que yo lo vea.

MOLINA

Señor, por mi vida que no es mío, que este me lo dejó al cuidado.

ALGUACIL

¿Qué os lo dejó al cuidado? Al fin y al cabo sois compañeros.

MOLINA

Por mi salud que no es mi compañero. No lo he visto en mi vida hasta ahora.

ALGUACIL

Pero... si hace nada habéis dicho que era vuestro compañero.

MOLINA

Señor, por no comprometerlo.

MADRIGALEJO

Señor, la verdad es que sí es mi compañero. Y las mejores piezas que sé de mi oficio me las ha enseñado él.

ALGUACIL

Te creo. ¿Y de qué oficio son las piezas?

MADRIGALEJO

De cortar con tijera, de subir de noche por una pared, aunque no haya candil, de trastear una casa cuando su dueño duerme en lo mejor, de embargar propiedades sin mandamiento judicial, y de otras cosillas así. Manualidades propias de mi oficio. A veces, hacer con un poquillo de alambre una llave que abre cualquier cerradura.

ALGUACIL

¡Qué bonita habilidad!

MOLINA

¿Yo? Así te lleve el diablo, ladrón.

MADRIGALEJO

La verdad, señor, es que la primera vez que me sacaron a vergüenza en Antequera, él iba delante.

ALGUACIL

Cogedlos bien. ¿Qué hay en ese hatillo? ¡Esto son ganzúas!

MADRIGALEJO

Señor, él es un maestro de hacer ganzúas.

MOLINA

¿Yo? ¡Justicia de Dios!

PAJE

Ese es mi libro, señor alguacil.

MADRIGALEJO

Si este es tu libro, ¿qué leía yo, ratoncillo?

ALGUACIL

Sí... ¡para leer está el tiempo! Tira con ellos que les vamos a enseñar otro oficio.

MADRIGALEJO

¿Qué oficio?

ALGUACIL

¡A remar!

MOLINA

Vamos, que quiero aclarar cuanto antes la verdad.

MADRIGALEJO

Una cosa puede dar por segura, señor Molina, que en azotándole y estando tres o cuatro años al servicio de Su Majestad en galeras, no tendrá más que ver con la justicia.

El deleitoso. Los lacayos ladrones

ALGUACIL

¡Andad, andad, tirad para delante! ¡Menos palabras! ¡Estos bellacones miserables!

FIN DEL PASO OCTAVO

EL RUFÍAN COBARDE

PASO NOVENO

Muy gracioso, ahora nuevamente compuesto por Lope de Rueda. Se introducen en él las siguientes personas.

SIGÜENZA, lacayo
SEBASTIANA, ramera
ESTEPA, lacayo.

(En escena Sigüenza y Sebastiana)

SIGÜENZA

Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame con pelos y señales, sin poner ni quitar tilde, lo que te pasó con esa piltrafa sinvergüenza, amiga de ese liante de Estepa. Yo, por vengarte, la voy a dejar de tal suerte que voy a dar que hablar a las generaciones venideras.

SEBASTIANA

Todo el asunto fue quien llenaba su cántaro primero en la fuente. Vinimos a palabras y a las manos y, como ella me rompió una pañoleta...

SIGÜENZA

¡Ah, me cago en la putañona que la parió! ¡Qué rabia me da no haber estado yo allí!

SEBASTIANA

Me trató de hipócrita, de pícara y dijo que sus sirvientes valían más que toda mi familia.

SIGÜENZA

¡Ah, putañona! ¡Como si yo no supiese que su madre fue una segunda Celestina!

SEBASTIANA

Y amenazándola yo contigo, me dijo: “Váyase el ladrón desorejado”

SIGÜENZA

¿Que se atrevió a decir eso? ¡Ah, Dios! ¿y cómo no se la tragó la tierra?

SEBASTIANA

“Que si no se hubiera fugado de la cárcel como se fugó, lo nombran escribano real y le ponen en la mano un lápiz de 25 palmos”. Un remo de galeras, quería decir.

SIGÜENZA

¡Toma si sabe de metáforas la muy holgazana!

SEBASTIANA

Y otras veinte groserías que, por no enfadarte, no te las cuento, amigo Sigüenza.

SIGÜENZA

Ya, ya, no me digas más. “¡Ladrón desorejado!”. ¿Y cómo es tan atrevida esa piojosa? Déjame con ella... pero ¿qué va a decir el que vea a un valiente como yo pelearse con una gallina? un hombre que ha conquistado los campos en Italia, como todo el mundo sabe.

SEBASTIANA

La muy cochina, como te ve que te falta un cacho de las orejas, se atrevió a hablar, diciendo que te las cortaron por ladrón.

SIGÜENZA

¡Ah, pícara! ¿Por ladrón a mí? Sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra perdiendo las orejas como yo gané.

SEBASTIANA

Yo te creo; pero dime, señor Sigüenza: ¿cómo te las quitaron?

SIGÜENZA

En el año de mil quinientos cuarenta y seis, a nueve días andados del mes de abril, cuya historia se hallará hoy en día escrita en una tabla de cedro en la casa del Ayuntamiento de la isla de Mallorca, habiendo yo desmentido a un coronel, natural de Ibiza, y no osando este vengarse por sí mismo, siete soldados suyos se reunieron para la venganza, los nombres de los cuales eran (Dios les perdone): Campos, Pineda, Osorio, Campuzano, Trillo “el Cojo”, Perotete “el Zurdo” y Janote “el Desgarrado”. A cinco maté. Los otros dos recibieron una paliza.

SEBASTIANA

¡Válgame Dios! ¡Qué hazaña tan grande! Pero, las orejas, dime, señor, ¿cómo las perdiste?

SIGÜENZA

A eso voy. Que, viéndome cercado por los siete y, viendo que íbamos a llegar a las manos, para que no me agarrasen y me sujetasen por las orejas, yo mismo, usando un ardid de guerra, me las arranqué de cuajo. Y arrojándoselas a uno que conmigo peleaba, le quebré once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo; de modo que al catorceno día murió, sin que médico ninguno lo pudiese remediar.

SEBASTIANA

¡Válgame Dios! ¡Qué golpe tan cruel! Si le llegas a dar con una piedra o con otra cosa semejante... si solo con tus orejas lo

tumbaste. Pero, ¿cómo es que dice esa piojosa que anduviste no sé qué tiempo en las galeras por ladrón?

SIGÜENZA

¿Ladrón? ¡Ah, putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo, (o chulo, llamemos a las cosas por su nombre), Estepa! ¡Ah, Estepilla, Estepilla! ¡Si llegasen a tus orejas estas palabras para venir a vengar esa andrajosa y desahogar así mi ofendido corazón!

SEBASTIANA

Entonces ¿estuviste en galera?

SIGÜENZA

Es la verdad, que anduve en la galera capitana, contra mi voluntad, no sé cuántos años. Pero, mirad qué va de ladrón a hombre vividor.

SEBASTIANA

¿A qué llamáis vividor, señor Sigüenza?

SIGÜENZA

¿No te parece que es muy buena manera de vivir salirse un hombre a la plaza de mañana y volverse antes de mediodía con la bolsa llena de reales, sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA

¿Tan bueno es eso?

SIGÜENZA

Anda, pues, por qué ofenden a un hombre de honor y le hacen semejantes injusticias, si yo he ejercido mi oficio tan limpiamente como cualquier otro hombre, o quizás un poco mejor.

SEBASTIANA

¿Cómo limpiamente?

SIGÜENZA

¿No te parece que es limpieza y destreza de manos traer cuatro o cinco bolsas y carteras a casa, sin haber tenido que comprar el cuero para fabricarlas?

SEBASTIANA

Oye, que Estepa viene.

SIGÜENZA

Por tu vida, ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA

¿Para qué?

SIGÜENZA

Tenla tú y calla, que éstos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

(Entra Estepa)

ESTEPA

¡Ah, Sigüencilla! ¿Te parece bien andar por ahí parloteando de quién vale más que tu linaje, ni chismorreando de ninguno?

SIGÜENZA

¿Yo, señor Estepa? ¿Qué parloteo?

ESTEPA

Agradece que estás sin espada.

SEBASTIANA

(A Sigüenza) ¡Tómala, Sigüenza!

SIGÜENZA

(A Sebastiana) ¡Quítamela de delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea!

ESTEPA

Di, bellaco: ¿no te parece que esa mujercilla tuya no sirve ni para quitarle los chapines a la mía?

SIGÜENZA

Espérese, señor; que lo pregunte. ¿Es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA

¡Pues claro que es verdad! ¡Si en mi vida la he visto traer chapines!

ESTEPA

Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo. Y vos, don ladrón, tomad vuestra espada.

SIGÜENZA

Que no es mía, señor, que un amigo me la dejó con la condición que no riñese con ella.

ESTEPA

Pues desdecíos, como cobarde que sois, de lo que dijisteis delante de vuestra amiga.

SIGÜENZA

¿El qué, señor?

ESTEPA

Que me habían azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGÜENZA

¿Desdecirme? No, no, no me parece cosa suficiente. (*A Sebastiana*) ¿Qué es de la espada?

SEBASTIANA

(*A Sigüenza*) ¡Cógela!

SIGÜENZA

(*A Sebastiana*) Quítala de ahí, no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA

Acaba, ladrón azotado.

SIGÜENZA

¿Ladrón azotado? ¡Usted perdone! que no me quiero desdecir.

ESTEPA

¿No...? ¡Pues aguardad!

SIGÜENZA

Alto, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si a vuestra merced le place.

ESTEPA

¿Cómo? Veamos.

SIGÜENZA

Así: que es muy gran verdad que lo dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso. No hay más que tratar.

ESTEPA.

Pues más habéis de hacer.

SIGÜENZA

Haré cuanto vuestra merced mande.

ESTEPA

Que me deis la espada.

SIGÜENZA

¿Cómo daré lo que no es mío, señor?

ESTEPA

Digo que me la habéis de dar.

SIGÜENZA

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA

Esperad, que por fin y remate habéis de recibir de la mano de vuestra amiga tres coscorrones en esas narices, bien pegados.

SIGÜENZA

¡Señor, por amor de Dios! Si puede ser, no sean coscorrones que sean coscorroncillos.

ESTEPA.

¡Venga! Arrodillaos, porque más devotamente los recibáis.

SIGÜENZA

Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antoje.

ESTEPA

Ea, mujer, ¿qué aguardáis? Dadle recio.

SIGÜENZA

¡Oh, mejor que hoy no me hubiera levantado!

ESTEPA

Tened tieso ese pescuezo.

SIGÜENZA

¡Señora Sebastiana, misericordia! ¡despacio, no tan recio!

ESTEPA

Bien está; dejadlo para quien es. Veníos conmigo.

SIGÜENZA

¿La moza, que se la lleva? ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Lo mismo daba no desdeirse y reñir de entrada con este Estepilla, y no me habría dejado sin honra y despojado de moza y harto de coscorruncillos. ¡Ay, narices mías, que aún me duelen! Estoy tentado de ponerlas en el culo de un perro por que se ablanden. ¡Venga! Que me voy en persecución de mi Sebastiana.

FIN DEL PASO NOVENO

LA GENEROSA PALIZA

PASO DÉCIMO

Muy gracioso, ahora nuevamente compuesto por Lope de Rueda. Aparecen en él las siguientes personas:

DALAGÓN, *amo*.

PANCORVO, *simple*.

PEY

ROUTON, *gascón*.

PERIQUILLO, *paje*.

GUILLERMILLO, *paje*.

(En escena Dalagón y Pancorvo)

DALAGÓN

¡Qué sea verdad esto; pícaro tacaño!

PANCORVO

Sí, sí, pienso que será, pues vuestra merced lo dice. ¡Déjeme, por su vida!

DALAGÓN

En fin, que verdad es.

PANCORVO

¿Lo qué, señor?

DALAGÓN

¿Lo qué digo? Que te has comido la libra de los turrone
de Alicante que estaban encima del escritorio.

PANCORVO

Eso no.

DALAGÓN

En fin, ¿que miento?

PANCORVO

Yo no digo que mienta, sino que no es verdad.

DALAGÓN

¿Que no? Espera un poco

PANCORVO

¡Ah!, paso, señor; suélteme; que yo le diré quién se los ha
comido.

DALAGÓN

Veamos quién. Dímelo de una vez.

PANCORVO

Vuestra merced ha de saber que yo no, no; que yo..., que él... ¿cómo se llama? Él... ¿cómo se dice? Apártese un poco de la puerta, porque no nos oiga nadie... Que Periquillo los ha traspuesto.

DALAGÓN

Mira lo qué dices.

PANCORVO

Sin falta; porque yo sé que es gran comedor de turrones. Muchacho que se los come sin pan ni dar gracias a Dios.

DALAGÓN

¡Periquillo!

(Entra Periquillo)

PERIQUILLO

¿Quién manda?

PANCORVO

Ven acá, Periquillo; es el señor, que os quiere hablar en secreto.

PERIQUILLO

¿Qué manda?

DALAGÓN

¿Qué mando? ¡Toma, don bellaco, goloso!

PERIQUILLO

Y, señor, ¿por qué me da?

PANCORVO

Toma esto, mientras te enteras de por qué te pego.

PERIQUILLO

¡Válgame Dios, señor! ¿No sabremos por qué me dio?

DALAGÓN

Porque te comiste...

PANCORVO

Sí, por eso, porque te engulliste...

DALAGÓN

¡Calla tú! Porque te comiste una libra de turronec que estaban encima del escritorio.

PERIQUILLO

¡Yo! ¿Quién lo dice?

DALAGÓN

Este.

PERIQUILLO

¿Tú lo dices?

PANCORVO

Yo lo dije; pero no creo que sea Periquillo, señor, porque es honrado mozo y no es capaz de hacer algo así. Me he equivocado, pecador de mí, que por decir Gasconillo dije Periquillo.

PERIQUILLO

Vaya, que tu equivocación tenía que caer sobre mis espaldas.

PANCORVO

Calla, hermanico, ten paciencia, que algún día pagaré quizá por ti.

DALAGÓN

Anda, pues, llama al Gasconillo.

PANCORVO

¡Gasconillo!

(Gascón desde dentro)

GASCÓN

¿Qué es que vos pasé, qué volés? Aguardás un poqué.

PANCORVO

Creo que se los está comiendo; llámelo vuestra merced.

DALAGÓN

¡Gasconillo!

(Entra Gascón)

GASCÓN

*¿Qué es que vos mandé? Dié us de salú tuto un mesé. ¡mon Dié!
¿Qué ascro, señor, que es que vos bebí? ¿Por qué vos vos vení contra mí?*

PANCORVO

Dele, señor, dele, no pare, adelante; una primera, otra por mí, que bien lo merece.

GASCÓN

¿No me diréis, per si sí ó si per no, porque me habedes sacudí tre bien les costielles?

El deleitoso. La generosa paliza

DALAGÓN

Por que te has comido los turrone de Alicante.

GASCÓN

¡Yesús, Yesús! ¡Santa Bárbara! ¿Yo tuggones?

DALAGÓN

Los turrone de encima del escritorio.

GASCÓN

¿Quién te lo ha dicho?

PANCORVO

Yo sé quién lo ha visto.

GASCÓN

Por el amor de Diés que mentís por esa buch, que yo no he mangé los tuggones de les criatur ¿vos lo habéis vist? ¡Qué vida pegga!

PANCORVO

No, no creo que haya sido él, no ves que lo jura. Perdona Gasconillo.

GASCÓN

Ahora me dices pegdón, cacho bruto, mendrugo ¿te pensé que e an bon solución?

PANCORVO

¿Por eso te enfadas? Deberías alegrarte.

GASCÓN

¿Y per qué ye me ve alegré?

PANCORVO

Porque has pagado por anticipado para cuando le debas algo al señor.

GASCÓN

¿Y per que no pagáis vosotros? ¡Tronco de col, gábano y lechuga!

DALAGÓN

Acabemos ya. Si dices que ninguno de estos dos se los ha comido, ¿quién se los comió? Que salgan esos turroneos o te los saco de las costillas.

PANCORVO

No me perturbe vuestra merced, que yo se lo diré punto por punto; espere, yo pienso junto mi conciencia... Ven acá, Gasconillo.

GASCÓN

¿Y per qué me llamás?

PANCORVO

¿A ti te parece que se lo ha comido Guillermito?

GASCÓN

¿Gallamito? ¿el que se comió en baguet mi butifagga?

PANCORVO

Sí, ese.

GASCÓN

Dices la verdad. Ese se los ha menyó.

PANCORVO

Ya ve vuestra merced cómo Gasconillo dice que vio comérselos a Guillermito.

GASCÓN

Sí, Gallamito.

DALAGÓN

Llámale a ver si podemos averiguar este asunto de los turrónes.

PANCORVO

Guillermito.

GASCÓN

Eso, Gallamillo.

(Guillermillo desde dentro)

GUILLERMILLO

¿Qué voces son estas?

DALAGÓN

¿No vas a salir?

(Entra Guillermillo)

GUILLERMILLO

Ya salgo, ¿Qué quiere, señor?

DALAGÓN

Lo que quiero es esto: ¡toma, don rapaz!

GUILLERMILLO

¡Ay, ay, señor, por amor de Dios!

PANCORVO

¡Dele, señor, no pare! Pues por amor de Dios lo pide.

GASCÓN

¡Péguele más, señor! Ahora pagarás los turrones y la butifarra, todo de un golpe.

GILLERMILLO

¡Pobre de mí! ¿Señor, por qué me pega?

DALAGÓN

¿Cómo por qué, cara sinvergüenza?

PANCORVO

Bien lo sabes, vergüenza sin cara.

GASCÓN

¡Qué cagga! me muero de ggabia, el señor te lo diggá, que no se os puede dejar ni un momento al cuidado de las cosas de manyer.

GILLERMINO

¿Qué cosas?

DALAGÓN

Dime desvergonzado: ¿los turronec que estaban encima del escritorio, qué ha sido de ellos?

GILLERMINO

¿Los turronec? Señor, ¿no me pidió usted que se los diese, y los encerró con su propia mano dentro del escritorio?

El deleitoso. La generosa paliza

DALAGÓN

¡Por mi vida que dice la verdad! habéis visto que despiste el mío.

GUILLERMINO

¿Y le parece bien haberme dado sin culpa?

PANCORVO

¿Y molerme a mí las espaldas como si fuera grano en un molino?

PERIQUILLO

Y a mí me han machacado como si fuera paja en la era.

GASCÓN

¿Y per qué se ha enfadé tanto en estos asuntos nuestro amo?

DALAGÓN

¿Por qué? Por que no estéis quejosos de mí, para que se partan los turrone en cuatro partes y cada uno se lleve una en premio con sus servicios.

PANCORVO

Muy bien, señor; en cuanto a ese regalo, espere un tantico. Muchachos, a consulta. Tú, Perico, ¿"Quiés" turrone?

El deleitoso. La generosa paliza

PERIQUILLO

Ni verlos.

PANCORVO

¿Y tú Guillermino?

GUILLERMILLO

Ni probarlos.

GASCÓN

Yo los tiraría al ggetreté.

PANCORVO

¿Queréis que nos desquitemos todos de la paliza?

TODOS

¡Sí!

PANCORVO

¿Tú le darás tu parte?

PERIQUILLO

¡Toma, pues claro!

PANCORVO

Pues esperad. Señor ¡Escuche un momento, si le place!

El deleitoso. La generosa paliza

DALAGÓN

¿Qué quieres?

PANCORVO

Estuvimos hablando y llegamos a un acuerdo.

DALAGÓN

¿Qué acuerdo?

GASCÓN

Señor, feo es el acuegdo: ¿Quiiegges turrones? ¡Toma turggones!

DALAGÓN

¡Paso, paso!

PANCORVO

¿Pasas? ¡Mira que te pillo!

GUILLERMINO

¡Mira que te doy!

PERIQUILLO

¡Mira que te alcanzo!

FIN DEL PASO DÉCIMO

trujiillo

DEJA QUE COMIENZE LA MAGIA

IES francisco de Orellana

grupotirsoadaptaciones@gmail.com

<http://grupotirsoadaptaciones.bolgspot.com.es>

PUNTO ROJO
libros

